



ELEN SIMON

TE AM 

ICH LIEBE DICH
I LOVE YOU

**Te Amo,
Ich Liebe Dich,
I Love You**

Novela de:
Ellen Simon

Traducido por: Rubén González
© Se reservan todos los derechos a la autora

*A quien no se rinde nunca
Y cree en sus sueños.*

Esta novela es una obra de ficción.

Nombres, protagonistas, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora, o han sido usados de forma ficticia. Cualquier semejanza o parecido con lugares, historias o personas, reales o fantásticas, vivas o fallecidas, es del todo casual e involuntario.

La reproducción no autorizada de la presente novela por parte de la autora, sea tanto parcial como completa, y su relativa difusión en formato digital o en PDF se considera violación de los derechos de autor, y por tanto, será sancionable penalmente.

Sumario

[Capítulo 1 – Un incómodo 29º cumpleaños](#)

[Capítulo 2 – La selección de las desesperadas](#)

[Capítulo 3 – Demasiado guapo para no mirarlo](#)

[Capítulo 4 – Revelaciones calientes](#)

[Capítulo 5 – Sólo una cena de trabajo...](#)

[Capítulo 6 – ¡Misión imposible!](#)

[Capítulo 7 – Imprevistos bajo las sábanas](#)

[Capítulo 8 – Reuniones y reuniones](#)

[Capítulo 9 – ¡No puedes hacerme esto!](#)

[Capítulo 10 – ¡Consoladme y aconsejadme!](#)

[Capítulo 11 – La complicidad del muérdago.](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

- **Capítulo 1 – Un incómodo 29º cumpleaños**

Yo fijaba la mirada en la torta, y ese fantástico aglomerado de calorías y glucosa la fijaba en mí, con sus ojos hechos de glaseado de fresa. Yo, humana famélica deseosa de comerla; ella, dulce increíblemente sabroso y pecaminoso, deseoso de ser devorado y de poderse apalancar para toda la vida, mi vida, en las caderas y en los muslos. Claro, porque de rellenarme un poco mi delgado culo o de darme media talla más de sujetador ni hablar, pero un número más de pantalón, eso sí que me lo causaría con mucho gusto.

«Kate, ¿piensas cortarla o te vas a quedar mirándola todo el día?» preguntó implacable mi madre, una mujer que desde hace tiempo había renunciado a la línea a favor de los placeres de la mesa.

¿Qué le importa a ella mis remordimientos? Soy yo quien cumple veintinueve años hoy.

Veinti-nueve, pensé, enajenándome con dicho infausto número de la situación en la que me encontraba, y me di cuenta inmediatamente de estar sólo a un paso de los fatídicos *enta*.

El recuerdo de los comentarios de mi padre en mi vigésimo quinto cumpleaños, cuando repetía sonriente que su hija ya tenía un cuarto de siglo, no parecía tan terrible.

«La abuela ha tomado la pastilla para la diabetes, pero si no le das de comer rápido, acabará el efecto» continuó mi madre.

«Toma, córtala tú, yo no la quiero. He apagado las velas, así que mi parte ya está hecha» le contesté pasándole el cuchillo y la paleta.

«Vaya, cariño, ¿por qué no comes?» preguntó mi abuela, incitando a mi madre con gestos para que le cortara una generosa porción.

«Ausencia de ca... de hambre, no creo que tenga hambre. Hemos comido juntas y ha devorado un perrito caliente, con una gran salchicha empapada de mayonesa» irrumpió sin piedad Julies, con elocuentes gestos y la boca abierta. «No tengo ni idea de cómo ha hecho para metérselo todo en la boca, era muy grande» insistió, abalanzándose después sobre la tarta que definitivamente puso fin a su verborrea.

«¿Son problemas de corazón, amorcito mío?» atacó la abuela, capaz como ninguna otra de girar el cuchillo en la llaga todavía sensible.

Antes de que pudiera hilar dos amables palabras para darles una respuesta que saciaría su curiosidad y pondría fin al tema, mi madre se adelantó. «¿A qué no sabes qué?, he visto el otro día a Tony en el supermercado. Me ha dicho que te felicite de su parte».

«Señora Quentin, *Claire*, perdóneme pero no debería ni siquiera nombrar a ese asqueroso traidor» se entrometió Angela.

«Gracias, ¡por fin una persona sale en mi defensa!» afirmé sintiendo un cierto alivio.

«Bueno, igual tu ex y tu podríais aclarar las cosas. Quizás dar una segunda oportunidad a ese chico no sería completamente equivocado por tu parte» propuso mi madre, ofreciéndome un trozo de tarta.

Entrecerré los ojos, agarré el dulce y lo devoré como si el mundo se fuera a acabar. Bajo al estómago, y sin dejarse digerir, se teletransportó directamente a las caderas.

«Te he explicado cómo acabaron las cosas, ¿no?»

«Sí, pero...»

«Nada de peros. ¿Quieres que te resuma lo que pasó?»

«Estos son los factores en juego: Tony, borrachera salvaje con amigos idiotas, dos prostitutas chinas...»

«Tailandesas, eran dos hermosas tailandesas» corrigió Jules.

«De acuerdo, tailandesas, cuyos maravillosos servicios se han consumido en nuestra cama y saldados con el anillo de compromiso» aclaré, mientras la vena del cuello me palpitaba, temiendo transformarme en Hulka de un momento a otro.

Mi querida madre intentó un último alegato de defensa, sacando a relucir una sonrisa incierta: «El hecho de que, como has dicho anteriormente, estuviera completamente borracho no lo justifica ni siquiera un poquito, ¿no?»

Negué con la cabeza hasta desencajarme el cuello, decepcionada.

«Si decide de beber hasta perder la conciencia cuando algo íntimamente no funciona... No estaba de acuerdo con la idea de comprometerse, y ha encontrado el modo de hacérmelo saber. Categóricamente, podría decir».

«Lo ha encontrado en su cama con las dos prostitutas» bisbiseó Ángela en secreto tapándose con la mano la boca.

«¡Al carajo con el capullo infiel! Mi nieta pueda encontrar algo mejor cuando quiera!» se metió la abuela, escupiendo nata a diestro y siniestro.

«Agnes, ingerir mucho azúcar te hace desatinar» la regañó Claire.

«¡Pues imagínate que dirá después de beber un poco de esto!» cotorreó Jules, después de haber destapado el champán italiano. Comenzó a servirlo en las copas y observó a su amiga. «¿Acaso querías abrirlo tú? Bueno, ya... De todas formas, esta botella de alegría líquida era el regalo de cumpleaños de Ángela» precisó.

Cinco copas a rebosar más un buen trago directamente del cuello de la botella decretaron el final del *Ferrari* dulce.

«Es una pena que papá no haya podido venir» dije observando el vaso casi vacío, como el sitio en la mesa que le había reservado.

«Os habéis llamado esta mañana, y vendrás a casa la semana que viene a comer» quitó importancia Claire.

«Estoy deseando que se jubile, así tú y él podréis disfrutar de la vida juntos como os merecéis.»

«Y yo no veo la hora de que te esposes y nos des unos hermosos nietos, entonces sí que disfrutaremos la vida».

Miré fijamente mi madre.

«Eso me suena a un chantaje emocional puro y duro. No estoy segura de estar preparada para ser madre o de quererlo ser. Además, con la incertidumbre del trabajo

y la inseguridad de una relación estable, ¿Cómo puedo pensar en traer hijos al mundo?»

«Pero yo estoy hecha para ser abuela y puedo contar sólo contigo para conseguirlo. En mis tiempos también teníamos problemas, y sin embargo siempre encontrábamos el modo de superarlos».

Me percaté de la habilidad de mi madre para minimizar y restar importancia a *mis* problemas.

«¡También había problemas en mi época y engendré nada menos que cinco hijos!» irrumpió Agnes. «Tu madre pesaba tres kilos y ochocientos gramos, parecía que estuviera dando a luz a un elefante»

« ¿Puedo dar más alcohol a tu abuela? quiero ver hasta dónde llega con sus desbarros» balbuceó Jules, congelada por mis miradas glaciales y las de mi madre.

« ¿Vamos al salón a charlar un rato?» propuso de repente ésta última.

«Sólo si no despiertas a Mister Muffin para someterle a la tortura de tus caricias. Ese pobre gato está ya muy estresado viviendo con las locas de nosotras tres, no querría interrumpir su siesta postmeridiana»

« ¿Alguien tiene la amabilidad de poner Amores andaluces?» preguntó Agnes. «Quiero ver si Don Diego consigue desflorar, por fin, a esa gatita muerta de Dejanira».

«Por supuesto, señora, ¿en qué cadena?» preguntó Ángela.

«Vete cambiando de canales. En cuanto encuentres dos glúteos firmes que sobresalen de unos pantalones negros con fajín, detente inmediatamente que ése es Don Diego».

«Si hay un bonito trasero que ver le hago compañía con mucho gusto» exclamó Jules.

Las tres se posicionaron de frente a la achacosa y anticuada televisión de tubo de la cocina, mientras mi madre y yo fuimos al salón.

Prestando atención para no despertar a Mister Muffin, que ya nos vigilaba cauteloso de reojo, nos sentamos y comenzamos a observarnos.

«Y bien, ¿cómo van las cosas?» empezó ella con una cierta preocupación.

«Si te refieres a los asuntos del corazón, todavía tengo que recuperarme del todo de la traición de Tony, por lo que no tengo nada que decir».

« ¿Y en cuanto al trabajo? que por cierto, es la base de todo.»

«Suenas como papá: *el trabajo es la base de todo, el dicho ‘contigo pan y cebolla’ es una sandez, ¿tú y tus amigas ociosas como diantre os mantenéis?»*

«Primero dices que te gustaría que estuviera aquí y ahora, ¿Qué haces?, ¿Te ríes de él?»

«No, no, entre otras cosas porque en el fondo tiene razón. En cualquier caso, Jules está testeando un juego online y está ganando bastante bien, por no hablar de las donaciones que recibe cuando juega con la cámara del ordenador y se pone sus escotadísimas y minúsculas camisetas. Ángela, por su parte, imparte numerosas clases de alemán, porque siendo nativa está muy solicitada; a su favor está su nombre de *Canciller*. Sin embargo, yo...»

« ¿Sin embargo tú?»

Meneé la cabeza, desconsolada.

«Creía que mi carrera fuera lo mejor. Idiomas y economía conjuntamente. Y sin embargo, después de aquellas prácticas no remuneradas no he conseguido concluir nada más».

«Tendrías que haber denunciado a aquel hombre cuando te propuso obtener el puesto a cambio de favores sexuales» aseveró mi madre, sosteniéndome la cabeza de manera consoladora.

«Oh, vamos, habría sido mi palabra contra la suya. No tenía pruebas, a parte de las huellas dactilares en mis muslos».

«Sin embargo, aquella ex-compañera tuya, la sudamericana, entró a trabajar fija. Y si no recuerdo mal, se había graduado con una votación por debajo de la tuya».

«Sí, pero el trabajo no es la única cosa que le ha dado el jefe, y la votación no era lo único que estaba *por debajo*, no sé si entiendes lo que digo...»

Claire suspiró.

«Tesoro, no es drama estar desocupada por un breve periodo de tiempo, pero tampoco te encuentras en una buena situación dado que ya tienes casi 30 años»

Abrí los ojos de par en par.

Como si un filtro de percepción alterada hubiese sido eliminado repentinamente, me di cuenta de que el verdadero enemigo no era la tarta, ya desaparecida, sino las malvadas velas de cumpleaños que ardían encima.

Las dos y nueve.

La arruga de expresión que había visto en el espejo aquella mañana no había salido por casualidad.

Las marcas de celulitis en el muslo izquierdo no se debían al modo en el que había dormido.

Esa insinuación de barriga de bebedora no era causa del estreñimiento.

Inmediatamente pensé en las medidas que pondría en marcha.

Aumentar el número de clases de pilates, prohibir los hidratos de carbono, dulces y helados durante un periodo de tiempo indeterminado e invertir mis escasos ahorros en cremas y potingues, fueron las primeras sugerencias de mi baja autoestima.

«Tesoro, ¿Estás aquí?»

«Oh, sí, estaba pensando en mi futuro» mentí poniendo la expresión más seria que pude adoptar.

«Hey, ¡Venid a ver el culazo de Don Diego!, ¡Es un espectáculo! No os podéis imaginar lo que os estáis perdiendo» gritó Jules desde la cocina.

«Está bien, no quiero sermonearte o crearte ansiedad el día de tu cumpleaños. Por tanto, no me queda otra que darte tu regalo y llevar a la abuela a casa antes de que lée alguna».

«Me habías ya comprado aquel fantástico conjunto y has traído la tarta, no hacía

falta que...»

Mi madre se llevó un dedo a la nariz incitándome a callar y me extendió un sobre blanco cerrado.

«De parte mía y de papá. También la abuela te ha traído uno, pero lo ha escondido en tu comodín entre la ropa interior cuando ha salido del baño, para que no te avergonzaras de recibirlo delante de tus amigas».

Sonreí como cuando era pequeña.

«Qué consideración, a veces pienso que ella es más lúcida que yo»

«Lo es sin duda» coincidió mi madre.

Abrí el sobre; aquellos trescientos euros que contenía me venían más bien de lo que quería admitir.

«Gracias, sé que también tú y papá tenéis vuestros problemas, y sin embargo me ayudáis siempre.»

«Eres nuestra hija, no tenemos opciones sino la de rechazarte» dijo riendo socarronamente.

«¿Y esto qué es?» pregunté sacando una hoja doblada sobre sí misma

«Ah, la ha metido...» refunfuñó, poniendo mala cara.

«Es una lista de ofertas de trabajo» precisé examinando los anuncios.

«Le había dicho claramente a John que no necesitas su ayuda, que sabes buscar sola trabajo, pero ese cabezota quería a toda costa que tuvieses su exhaustiva selección hecha por él mismo.»

«En realidad son anuncios que ya conozco. Los he visto online y para muchos he mandado mi candidatura por email» proferí mientras continuaba hojeándolos, hasta que me detuve en el último.

«Sin embargo éste no lo había visto. Uhm, no suena muy bien, pero podría intentarlo...»

•

Capítulo 2 – La selección de las desesperadas

Maquillaje ligero para cubrir las bolsas de los ojos como consecuencia del insomnio causado por numerosos rollos en la cabeza: hecho.

Dentífrico blanqueador, ese tan fuerte que se lo ingieres por accidente te causa úlceras gastrointestinales, necesario para desenfundar una sonrisa brillante propia de la publicidad en TV: usado.

Laca perfumada para fijar este flequillo dorado que se mueve a merced del viento: aplicada.

Una vez que terminé de maquillarme, o más bien debería decir la restauración matutina, recé para que el vestido, seleccionado cuidadosamente y guardado la noche anterior, me convenciera también esta mañana. Me puse un discreto sujetador push-up, que debajo de una blusa blanca cumple muy bien su función, y dejé abierto el último botón, pensando en lo desesperada que estaba para recurrir a semejantes tácticas.

Me puse mi traje de chaqueta negro, con un corte perfecto en la rodilla, contenta de que haberme saltado la cena y haberme purificado el día antes me permitiera ahora entrar en él a la perfección.

Dos zapatos elegantes, con un moderado tacón de 8 centímetros, y unos pantis semitransparentes negros completaban el mejor look que podía sacar a relucir.

Jules entró en la habitación con una rosquilla azucarada en la mano rebosante de crema.

« ¡Largo de aquí grasienta!, ¡Si me ensucias el vestido voy ahí y te rompo tu ratón ergonómico lleno de accesorios!» la amenacé, centrándome en todo lo sagrado para ella.

«No lo harías jamás, está en juego nuestra subsistencia. De todas formas no estás tan mala, me mantendría lejos de ti. Pero continuo pensando que era mejor que te pusieras una de las camisetas que uso para la webcam» pontificó, gesticulándose y examinándose desde diversos ángulos.

« ¿Estás preparada?» preguntó Ángela desde la otra habitación.

« ¡Sí, voy inmediatamente!» cogí el bolso y respiré profundamente.

«Desabróchate otro par de botones de esos nacarados» sugirió Jules mientras abandonaba la habitación.

« ¡Estás preciosa, cariño! aunque creo que unos pantalones sobrios habrían sido más adecuados para la situación» afirmó Ángela, tintineando las llaves del coche. Ella era la única afortunada que se lo podía permitir.

«No creo que un uniforme oscuro modelo teutónico sea adecuado para una moderna y polifacética sociedad americana» respondí.

«Bueno, ¿ya has buscado información acerca del enemigo?» replicó ella, abriendo la puerta de casa.

«La pasada noche no conseguí pegar ojo, así que hice una búsqueda personal sobre ese *Nathan Drake*.»

« ¡Es un nombre típico de un personaje de *Warcraft*!» gritó Jules desde mi

habitación.

« ¡Sal de ahí y deja de robarme la ropa interior!» la reprendí.

Ángela cerró la puerta dejándome sólo entrever la imagen de Jules con media rosquilla en la boca, mientras llevaba puesto dos de mis tangas negros.

«Olvídate de la cleptómana o llegarás tarde» me instó Ángela, empujándome por el callejón hasta el coche, un Ford Taurus de color magenta.

Nos pusimos en marcha y nos sumergimos en el tráfico matutino.

« ¿Qué decías de ese tal Nathan?»

«Bueno, como el trabajo por el que competiré lo afecta directamente, he estudiado la sociedad de su padre y he leído algún artículo sobre él.»

« ¿Y qué has deducido?»

« ¿De la empresa? que se trata de una multinacional con conexiones en Sur América, China y Japón. Si tuviese que explicarte de qué se ocupa exactamente, acabaría primero diciéndote *un poco de todo*.»

« ¿Y qué has descubierto sobre el pudiente empresario industrial?»

«He descubierto que se graduó con buenas calificaciones, pero que apenas acaba de empezar a trabajar en la empresa. Los periódicos dicen que ha preferido darse la buena vida más bien que asumir las responsabilidades, al menos hasta que papi no lo ha llevado al redil, amenazándolo con desheredarlo si no metía el trasero en un despacho de la empresa y empezaba a hacer su deber».

«Uhm, típica persona que congeniaría con nuestra Jules»

«Sí, pero hay más...»

« ¿Has encontrado algún trapo sucio?»

«Exactamente trapos no, pero una modelo muy delgada y muy escueta, sí. Por lo que parece Drake tuvo una aventura pocos días antes de que se anunciara su compromiso oficial con una rica heredera de la antigua nobleza inglesa. ¿Te recuerda a alguien?»

«Una vez más la vida nos enseña que el dinero no cuenta» comentó Ángela.

«Cuenta, cuenta...por supuesto, no en todos los ámbitos de la vida, pero en muchos aspectos ayuda, no sirve de nada ser hipócritas y negarlo.»

«Es verdad, cuenta. Bueno, intenta conseguir este trabajo, porque tu cumpleaños no llega todos los meses, pero el alquiler y la facturas, sí.»

La vista del imponente edificio me había intimidado. Me giré hacia el Taurus y miré fijamente a Ángela en busca de consuelo. Ella me hizo una señal de ánimo con el pulgar levantado, y anunció tocando la bocina su entrada en el tráfico agitado de nuevo.

Observé mejor la gran estructura de vidrio que se presentaba ante mí y se me escapó media sonrisa. Me pregunté cómo no había notado inmediatamente la forma fálica de la arquitectura, compuesta por una alta torre central flanqueada por dos modestas estructuras redondeadas.

Entré en la base del *pene*, ehm, del edificio atravesando una puerta giratoria. Llegué a la recepción y me presenté al personal de servicio. Todos usaban auriculares

bluetooth y parecía que tenían sonrisas de cartón preimpreso y una peluca de plástico por la posición perfecta e inmóvil que tenían.

Me indicaron muy profesionalmente el lugar donde se llevaría a cabo la matanza, porque de eso se trataba ya que entre todas las pobrecitas que se hubieran presentado aquel día, sólo una saldría viva y con un contrato en la mano. Las otras continuarían a vagar en el limbo de la desocupación o en el de las sustituciones pero como se dice en estos casos: *mors tua, vita mea*.

Ah, qué bonito es conocer otros idiomas, hasta los que se consideran muertos.

Llegar a la sala donde tendrían lugar las entrevistas fue casi como un paseo saludable por Central Park, debido a la distancia recorrida y a la cantidad de plantas presentes en el interior. No es que fuera una firme naturalista ni que tuviera el don de la jardinería, pero ver todos esos vegetales en este titán de vidrio y hierro de algún modo me tranquilizó.

Había llegado; una última puerta que atravesar y después a esperar mi turno. La ansiedad aumentaba. Busqué la manilla pero no había, y mientras mi mano revoloteaba en el aire, las puertas se abrieron.

Todas las candidatas me miraron fijamente, yo las miré a ellas susceptible de quedarme bizca. Sonrisa desvergonzada, ojos entrecerrados. Si la semana pasada había aguantado la mirada a una torta con glás, esta vez me comería para desayunar cuatro zorritas y ocho dulces. Sí, porque en aquella enorme habitación había tan sólo cuatro candidatas.

Entré, pensando que llegaba antes de tiempo y que sólo se me habían adelantado esas cuatro desesperadas.

Inmediatamente alcancé con paso riguroso a la responsable de la recepción. La mujer me examinó seria, deslizó el dedo sobre la pantalla de una tableta y me identificó.

«La señora Kate Quentin, imagino» comenzó con un tono carente de modulación.

«Sí, soy yo. ¿He ganado algo?» pregunté, esbozando mi mejor sonrisa, sin ser correspondida.

«Su candidatura nos ha llegado el último día hábil, pero aún así ha sido seleccionada entre las cinco candidatas para hacer la entrevista. Así que sí, podríamos decir que algo ha ganado.»

Asentí evitando añadir bromas poco coherentes a mi vestuario y a la circunstancia.

«Póngase cómoda, el señor Drake y su equipo la recibirán personalmente. Usted es la última, por lo que no tendrá problemas en saber cuándo le llegará su turno» comentó con una cierta acidez.

Asimilando la información y disimulando una cierta ansiedad, me senté y observé a las peligrosas rivales.

Si había sido seleccionada en el grupo de las cinco finalistas, podía significar solamente que como criterios de elección habían prevalido el título académico y el

conocimiento de los idiomas.

No pudiendo conocer el currículum del que presumían mis implacables rivales y suponiendo que más o menos nos equivaliéramos, consideré lo que seguramente habría más influido en la elección final, hecha directamente por el interesado, Mister Nathan *me fundo el dinero* Drake in persona. Por lo que me basé en tres fundamentos científicos impugnables, demostrados por los hechos: él era hombre, era heterosexual e incline a los romances. Por tanto, deduje que el aspecto físico, por no decir el nivel de *perversión* insinuada, sería el terreno de batalla final.

Desabroché de inmediato el segundo y el tercer botón de la blusa, como me había sugerido Jules, pero después, atormentada por un instantáneo remordimiento de conciencia, intenté cerrar de nuevo el tercero, que salió por los aires. Lo recogí del suelo y lo metí en el bolsillo de la camisa, intentando no llamar la atención.

Suspiré y analicé a las aspirantes en el orden en el que estaban sentadas, como si estuviéramos en la línea de salida del circuito de moto GP de Montecarlo, obviamente como azafatas.

En primera fila, había una rubia con las tetas descaradamente operadas y, creedme, el cirujano no había escatimado en silicona. Directamente desde las playas de *Los vigilantes de la playa*, una nueva *Pamela Anderson*, rubia, con los ojos claros, con muchas curvas y con dos labios muy hinchados, esperaba su turno esbozando una sonrisa impecable.

No me pareció una rival temible: el modelo con curvas ya había pasado de moda desde los tiempos de Tom Raider y de la mencionada serie playera.

Reflexioné que quizás veía demasiado la televisión y me prometí leer más libros, posiblemente en formato electrónico.

La secretaria llamó a la primera aspirante, pero yo estaba tan absorta en mis pensamientos que no escuché el nombre. La rubia se levantó y entró, y comprendí que el jefe ya estaba dentro.

Posé la mirada en la siguiente pretendiente. Tenía pinta de secretaria sexy e impecable, con grandes gafas que tiempo atrás habrían atraído hacia ella las burlas de los más grandes, pero que ahora le otorgaban ese aire incuestionable de cerda.

Recordé cuando pillé a mi primo Bobby fantaseando en el ordenador de Jules, concentrado guardando con la mano metida en los pantalones, un video de una tal *Sasha Grey*, una negrita con mirada dulce e inocente, rodeada de cuatro hombrones de todo menos cariñosos. Pues eso, esa chica me recordó a ella.

Y me pareció peligrosa, muy peligrosa.

Me miró e insinuó una sonrisa segura, colocándose las gafas con el dedo medio, de un modo que me incitó a preguntarme si me había leído el pensamiento.

Dejé inmediatamente de mirarla y me concentré sobre la tercera aspirante. Tuve la sensación encontrar *Kirsten Dunst*, la *Mary Jane* del primer *Spiderman*.

Pelirroja, pero no demasiado intensa, con un bonito cuerpo y un vestido sobrio y

elegante. En la película siempre me dio la impresión de tener las tetas caídas y la cara de señora mayor. Por lo que, a menos que Nathan no se sienta atraído por alguien así, no la consideraré una gran amenaza.

Después me fijé en la cuarta candidata y me resigné. Era ella, *Anastasia S.*, tal como había sido encarnada en la película y casi como había sido descrita en el famoso libro de *Cincuenta sombras*.

Una belleza diáfana, no estaba maquillada y no vestía a la moda. Aparentemente parecía la más insegura de todas nosotras y, aparte del cruce de miradas cuando había entrado, desde entonces no había levantado la cabeza, dando la impresión de ser tímida y de sentirse incómoda. Era guapa pero no actuaba y vestía con la intención de ostentar o resaltar sus formas.

Si había añadido esposas y fusta al currículum, seguramente sería mi fin. Ese Nathan se habría colado por ella y la habría arrastrado a un torbellino de sexo extremo al límite del sadomaso.

No la envidiaba por eso, podría guardarse el macizorro para ella, pero al menos que me dejara el trabajo, eso sí que me servía. Para lo otro, ya está el regalo de cumpleaños que me ha regalado Jules, un cómodo aparato con pilas que me ha pedido compartir con ella y todavía no he tenido la oportunidad de probar. Afortunadamente, la abuela no lo vio mientras metía el sobre con el dinero entre mi ropa interior.

Pocos minutos más tarde llamaron a la segunda aspirante, y yo dejé de pensar en sustitutivos sexuales y en mis escasas posibilidades de éxito. Entró mientras la primera abandonaba la sala con expresión más bien poco satisfecha.

«Chicas, qué estrés» me atreví a decir para aliviar la tensión. Ninguna de ellas fue más allá de una sonrisa forzada como respuesta.

Qué amargadas.

No digo que tengamos que salir juntas a comer una pizza y al cine, pero dado que estamos todas en el mismo bote, podríamos pasar el tiempo bromeando.

Sasha, o más bien la segunda candidata, salió con prisa metiéndose la blusa por debajo de la falda.

Abrí los ojos de par en par pensando en dos posibles sucesos: la entrevista había iniciado mal y acabado inmediatamente, o ahí dentro habían hecho uno rapidito.

La pelirroja descolorida entró.

Intenté entrever más allá del macizo portón oscuro, pero la oficina por dentro debía de ser enorme, y la puerta de entrada estaba sólo entreabierta lo justo para que entraran las candidatas, por lo que no vi nada interesante.

Nos habíamos quedado sólo yo y el clon de *Anastasia*, además de la responsable de la recepción, que era todo menos acogedora.

Detrás de sus redondas gafas de *Harry Potter*, con ese austero moño anticuado que parecía impermeable al agua e inmune al viento, nos examinaba como si fuéramos la escoria de la sociedad.

Durante un momento tuve el instinto de preguntarle si había algún problema o si sentía pesadez de estómago, o si sufría de estreñimiento crónico, pero intenté contenerme y le mandé una sonrisa sin motivo; sonrisa que le hizo agarrotarse todavía más.

Poco después, fue el turno de la cabeza de lista, la preferida, el enemigo a batir. Ver salir a la pelirroja sonriente me preocupó sensiblemente.

Se despidió y le devolví el saludo. Después, me giré hacia la oficina, pero la cuarta ya había entrado.

Miré el reloj varias veces. El tiempo parecía haberse detenido, pero sin embargo pasaba, y mucho, y ella todavía seguía dentro. Además, el cronógrafo me molestaba, no estaba acostumbrada a usarlo, y la pulsera era demasiado estrecha, pero si hubiese quitado un eslabón me estaría flojo y habría sido todavía más molesto.

Resoplé sin recato, total, estaba sola con la amargada y no me importaba lo que pensara.

Por fin la puerta se abrió.

La chica número cuatro salió sonriendo, mientras mi nombre resonaba en el aire.

Me habían llamado.

- **Capítulo 3 – Demasiado guapo para no mirarlo**

Me levanté decidida y me crucé con Anastasia en mitad de la sala. Mientras sonreía, me cogió por el brazo, acercó los labios sensualmente a mi oído y susurró: «No te hagas ilusiones, guapa, el trabajo ya es mío».

No le respondí, pero coloqué mi treinta y nueve de pie entre sus delgados tobillos. No quiero decir que le hice la zancadilla, pero de hecho la pobrecita cayó al suelo de morros.

La mujer desagradable, demostrando simpatía por el enemigo, la ayudó rápidamente a levantarse.

«Oh, ten cuidado, el suelo de mármol es resbaladizo» dije con desenfado mientras me preparaba para entrar en escena.

Entré mentalizada de que no tenía nada que perder ya que seguramente la candidata anterior tenía el trabajo en el bolsillo, o tal vez en las bragas. Íntimamente me había convencido a dar rienda suelta a la inspiración, a divertirme ya sabes, a impresionarlos como sólo yo sabía hacer, mostrando una combinación de desvergonzada sinceridad y un abundante sentido del humorismo.

Mi sonrisa arrogante y mis intrépidos propósitos cambiaron inmediatamente cuando encontré quien había decidido que sería mi futuro marido, ehm, quería decir *jefe*.

Nathan Drake estaba en pie, con las manos en los bolsillos, en frente de su mesa. Me esforcé por recordarme a mi misma lo que quería: un trabajo, nada más. Recordar que el hombre que tenía frente a mí era un traidor empedernido al igual que Tony el bastardo, me ayudó menos de lo que esperaba.

Sería alto como mínimo uno y noventa, y ese número me trajo a la mente la imagen de yo extendida boca arriba encima de la mesa con él detrás. Debajo de ese impecable conjunto de Armani tendría seguro unos abdominales increíbles.

Ojos oscuros, no de un simple marrón, sino intensos y penetrantes. Un rostro claramente masculino, pero con rasgos suaves; pelo corto negro y una barba prácticamente inexistente, de la noche anterior. Si hubiera sido Jules, le habría saltado encima.

«Buenos días» inició, viniendo hacia mí con la mano extendida. Esboqué una extraña sonrisa y se la estreché con fuerza hercúlea.

«Apretón potente y decidido. Me gusta. ¿Usted es la señora Quentin?»

«Sí, soy yo. La candidata número cinco. Última opción» afirmé con muy poca cognición de lo que acababa de decir.

«Acomódese, por favor» me pidió indicándome el sillón que había delante de la mesa, después hizo el giro para sentarse en frente. A su lado estaba una señora de unos 50 años y un hombre de origen asiático, probablemente chino, que vi sólo entonces. No preguntadme de qué color eran las paredes u otras sutilezas, porque yo sólo me fijé en Nathan.

«Desconocía que sería juzgada por el trío de Master Chef. ¿Qué tengo que prepararos?» pregunté, pero mi torpe intento de romper el hielo y crear un clima más

sociable fue correspondido por la mirada desaprobadora de la señora y por la mirada incrédula y escéptica del asiático.

Nathan colocó una mano delante de la boca para no mostrar que estaba riendo burlonamente. «Hoy nada, tendrá solamente que hablarnos de usted; antes, no obstante, es justo que me presente» replicó con voz persuasiva.

Asentí, mirándolo intensamente. No podía dejar de hacerlo. Nathan era como una lámpara eléctrica, única luz en la noche, y yo una falena que con mucho gusto habría acabado achicharrada con tal de estar encima de él.

Lamenté no haber usado el regalo de Jules. Si me hubiera relajado con eso, seguramente mis hormonas estarían menos receptivas a su encanto.

«Sono Nathan Drake, hijo de Joseph y Kara Drake. Mi padre es el dueño de la sociedad, esto imagino que ya lo supiera, pero eso no me otorga ningún tipo de privilegio y no me hace inmune al despido.»

Siii, dices tonterías, amigo, pensé, afortunadamente sin traicionarme con la mirada.

«Como todos los dirigentes, tengo que obtener ciertos resultados y mantener un adecuado estándar cualitativo. Para hacerlo necesito un equipo totalmente competente, personas que desempeñen de la mejor manera posible el cargo para el que han sido contratadas. Señorita Quentin, ¿me está escuchando?» preguntó repentinamente.

Me sobresalté en la silla. « ¡Por supuesto!»

« Bien. Resumiendo: tendrá que demostrarme que es competente en el trabajo que desempeñará.»

Asentí una vez más.

«Pasemos a mis asistentes: ella es Sophia White, la secretaria de mi padre, concedida cortésmente en préstamo durante algunos meses. El tiempo necesario para familiarizar con el trabajo, las figuras directivas, los principales socios y los clientes más importantes.»

«Comprendo» dije, para evitar continuar asintiendo como una estúpida capaz únicamente de mirar a las personas y balancear la cabeza.

«Entonces, ¿piensa que necesito a alguien para afrontar este trabajo?» atacó riguroso. Sus estupendos ojos oscuros eran incomprensivos y estaban fijos en mí. Me flagelaban con látigos invisibles y flechazos candentes.

Abrí los ojos considerablemente e intenté parar el golpe. «¡No, no! Quería decir que una ayuda al principio viene bien a todos, ¿no?»

Se ablandó de inmediato. «Relájese, sólo le estaba tomando el pelo»

Resoplé por una sensación de alivio repentina, preguntándome si aquel tipo era tan extraño como guapo.

«Por el contrario, este hombre es Young Mazze.»

«Yang, Yang Mae-Tze!» precisó él, irritado.

«Es verdad, perdóname. Error mío.»

«Zhen ben! Wo gen ta shangban hao ji ge yue la ta hai renshi wo de mingzi!»

« ¿Perdón, Yang?»

« He dicho: no se preocupe, señor, incluso los mejores se equivocan a veces» defendió con una cara dura digna de un Óscar y una sonrisita de gala; pero a mi Mister *Hello Kitty* no me engañaba.

«Tai diulian la! Mashang shuo duibuqi huozhe wo gen suoyou qi ta de ge wei jiang ni jian shi!» respondí con un acento prácticamente perfecto y un ceño firme.

El chino se sorprendió gratamente. «Es muy buena. Su pronunciación es excelente y ha salido en su defensa exigiendo que me disculpara».

Nathan dibujó una amplia sonrisa. Me quedé sorprendida por aquella reacción inesperada.

«Era una prueba para ver su dominio del idioma y su aptitud para tomar decisiones rápidas en contextos importantes. La elección de defenderme sosegadamente, pero con firmeza, es seguramente la más adecuada» admitió él.

«Ah, bueno, cada uno tiene su propia manera de llevar el espectáculo» defendí disimulando mi sorpresa y una cierta contrariedad.

«A propósito de espectáculos» se entrometió la secretaria. «Usted, al igual que algunas de las candidatas precedentes, ¿cree que mostrar sus atributos pueda influir positivamente en la decisión de contratarla?»

Agaché la cabeza y la mirada y vi los tres botones de la blusa abiertos.

«No, no, no, ¿qué está diciendo?» dije yo, mostrándome irritada y sorprendida. «Accidentalmente se ha salido el tercer botón» intenté justificarme y, en busca de pruebas, metí los dedos en el estrecho bolsillo de la blusa, donde anteriormente había colocado el botoncito nacarado.

La mano entró en búsqueda del minúsculo botoncito depositado en el fondo y, debido a la vehemencia desmesurada de la acción, se abrió la abertura de la camisa y mi seno derecho salió fuera, ensalzado por el push-up.

Abrí los ojos de par en par y con las manos en copa cerré la camisa y la aguanté en el pecho con las dos manos.

«No ha sido a propósito, ¡lo juro!» fue la única cosa que conseguí decir, mientras mi rostro se enrojecía intensamente.

Nathan se puso una mano en el mentón y comentó: «Bueno, no esperaba verle los senos al menos durante la primera semana de trabajo, pero gracias por el adelanto.»

No supe que responder, mis buenos propósitos de ser la dueña de la situación se fueron al diablo. Sin embargo, estaba segura que los había sorprendido, eso sí.

«Obviamente bromeaba» añadió. «Accidentes de este tipo pueden suceder, ¿no?» hizo un extraño gesto mientras miraba a sus colaboradores, que no parecían para nada de acuerdo con él.

«En cualquier caso, su currículum académico es excelente. Se graduó en un prestigioso instituto con las calificaciones más altas, y los idiomas en los que destaca es justo la combinación que más necesitamos. No obstante, veo que carece de

experiencia.»

Me aclaré la voz tosiendo, traté de reponerme y respondí como si tuviera todavía posibilidades: «Tengo sólo una experiencia previa, unas prácticas en una sociedad local. Debería de constar en mi currículum.»

«Sí, así es. Al respecto nos hemos puesto en contacto con el señor Hammer, el Jefe de Sector de la empresa en la que ha desarrollado las prácticas. Resulta que formamos parte del mismo consorcio.»

Palidecí, pensando en las reprobables referencias que les hubiera dado ese cerdo frustrado. Me arrepentí de haber añadido esas prácticas como experiencia laboral, pero haber dejado esa sección del currículum vacía habría sido muy arriesgado.

«Bueno, no sé exactamente qué le ha mencionado sobre mí, pero querría aclarar que no tenía una buena relación el señor Hammer debido a algunas incomprensiones y diferencias en nuestra manera de ver las cosas»

«El señor Hammer tiene fama de ser un verdadero cerdo» afirmó Nathan con desenfado. La señora White asintió a favor.

«Desgraciadamente ninguna lo ha denunciado nunca, pero los rumores se extienden, y cuando son numerosos y unánimes se presume que hay parte de verdad. Si estuviese en mi mano, investigaría minuciosamente sobre él, pero hemos aceptado a esa sociedad desde hace poco tiempo, y a mi padre le interesan ciertos asuntos».

«Era buena en lo que hacía, pero para acceder a aquel trabajo tenía que aceptar sus proposiciones. Y así me quedé de nuevo desempleada» resalté.

«Admirable por su parte, y lamento que existan todavía personas como Hammer. Bien, Yang, Sophia, podéis iros. Usted, Kate, desnúdese»

«¿Cómo?» grité

Entonces se echó a reír sarcásticamente. «Me gusta ponerle en apuros. Estaba bromeando, adoro hacerlo, espero que no le moleste.»

«Debería comportarse, señor, ¿o tengo que recordarle las normas de comportamiento de la empresa?» se entrometió la señora White. «Tal vez no esté preparado para prescindir de mis servicios.»

«Sí lo estoy, y la quiero a ella como mi nueva secretaria» me apuntó con el dedo.

Miré estúpidamente detrás de mí pero no, no había entrado nadie a mis espaldas.

Me relajé y el pliegue de la blusa se volvió a abrir de nuevo. Pero conseguí el trabajo que quería.

•

Capítulo 4 – Revelaciones calientes

Si pensabais que no lo conseguiría, bueno, os equivocabais, porque el trabajo era mío. Estaba allí, delante a Nathan Drake, deseosa de firmar el contrato que me habría atado a él. No para toda la vida, se sobreentiende, no era un contrato de matrimonio como tal, pero era un comienzo.

«¡Bien, hecho! ahora eres oficialmente mi esclava personal» inició con una mirada muy poco reconfortante.

«Esclava son palabras mayores. Le recuerdo que la esclavitud se abolió en 1865 en todo nuestro maravilloso país» argumenté, entre burlas y veras.

«Entonces digamos que te espera un duro trabajo. Deberás ser mi intérprete, recordarme los nombres y cargo de las personas que recibo, organizar mi agenda de reuniones con sus relativos desplazamientos. Resumiendo, un trabajo de secretaria de dirección altamente profesional. Una parte de tu trabajo se filtrará a otros empleados que te servirán de apoyo. Te encargarás de las reuniones, del personal para llevar los desplazamientos en coche, en avión o helicóptero, y de las scort para organizar las fiestas nocturnas.»

Me eché a reír inconscientemente. «¡Cuánto te gusta bromear!»

«No estaba bromeando, los clientes adoran las fiestas nocturnas. Las escort los relajan, y un cliente relajado es un cliente que firma cualquier contrato que le ponga encima de la mesa.»

En ese momento no supe si estaba bromeando o no, pero mi incliné por la segunda hipótesis.

«En cualquier caso, seguiremos hablando de ello en mi oficina. Continuar en este lugar frío e impersonal me da escalofríos»

«¿Pero cómo?, ¿Esta no es tu oficina?»

«Claro que no, ¿me has tomado por el último mono? sígueme, te lo enseñaré. Espero que no tengas vértigo, porque te voy a llevar a los últimos pisos.»

Me cogió por la mano, me estremecí pero gané al impulso de retirarla. Mis dedos estaban fríos y entumecidos como el hielo; sin embargo, su mano estaba caliente y era suave. Uñas arregladas, ni siquiera un pelo al estilo *hombre lobo* en el dorso, y unos dedos fuertes pero delicados.

Se dirigió rápidamente hacia el ascensor. Yo, unida a su mano, que nunca habría querido soltar, lo seguí con la misma rapidez. Y mi seno izquierdo decidió salirse nuevamente de la blusa, que inmediatamente cerré.

Desde el interno del elevador transparente de cristal resistente, pude ver todo el edificio de abajo. En el vestíbulo habían puesto un gran abeto dentro de una gran maceta marrón rebosante de tierra fresca.

«La Navidad está al caer, no podemos prescindir del árbol, ¿no crees?» preguntó él.

«Si el árbol después de las fiestas no desaparece, lo adornaré con mucho gusto» respondí.

«De acuerdo, te acabas de ofrecer voluntaria para el proyecto *árbol de Navidad*»

dijo sonriendo.

Observé sólo entonces que nuestras manos estaban todavía enlazadas, hasta que un breve sonido anunció la planta deseada.

«Ya hemos llegado a nuestro destino» confirmó.

Cuando llegamos de frente a las macizas puertas de su oficina, me soltó la mano dado que necesitaba la suya para abrir.

«Señorita Quentin, después de usted...»

Entré intrigada y miré inmediatamente alrededor.

Las vistas que se apreciaban a través de las amplias cristaleras detrás de la mesa de Nathan eran impresionantes.

«Pero... ¿Estamos en lo más alto del palacio?»

«No exactamente, en el ático se encuentra la oficina de mi padre. Estamos en el penúltimo piso.»

La esquina izquierda de lo que según él era una oficina, parecía el cuidadísimo mostrador de un bar de lujo. Una máquina profesional de café y una selección de licores añejos hacían muestra de ello.

Dos puertas, una en cada lado; dos enredaderas, colocadas al borde de las cristaleras y una segunda mesa de media dimensión completaban la decoración.

En las paredes había carteles de películas famosas adornados con marcos elaborados. Me llamó la atención ver entre todos ellos los del *Señor de los anillos* y el del *Último Samurai*, mis favoritas de toda la vida.

«Te enseño las particularidades de la oficina. Mejor te trato de tú, espero que no te moleste»

Hice una señal de que no con la cabeza y sonreí sin motivo alguno, como si estuviera atontada.

«Aprovecho para hacer una pequeña aclaración: cuando estemos solos, en mi oficina o en cualquier otra parte, puedes tutearme tranquilamente, porque yo haré lo mismo. Y tómate las libertades que quieras, me gusta hablar en igualdad de condiciones, sin filtros. Sin embargo, fuera de esa puerta o en presencia de otros empleados de la empresa, yo soy el señor Drake, Mister Nathan si quieres parecer suelta. ¿Está claro?»

«¡Clarísimo! Confirmé resuelta.»

«No puedes imaginarte lo feliz que estoy de haberte contratado. White era la espía de mi padre, un verdadero dolor en el trasero.»

« ¿Quería decir de cabeza?» pregunté probando el uso del tú, que me causó una sensación eufórica.

«En el culo es mejor. Yang, por su parte, no es mal tipo. Es verdad, no sabe relajarse, pero eso es típico de los trabajadores chinos, supongo: adictos al trabajo»

« ¿Ésta es la casa del rey o me equivoco?» lo presioné, cada vez más suelta.

Esta vez fue él quien sonrió en modo extraño.

«Claro, mira. Ése es el minibar, la barra para los cafés y el espacio para la

acomodación de los clientes y para alegrarse en los días grises».

Sonreí incómoda « ¿Sólo licores fuertes?»

«No, hay también vodka de fresa para las señoritas» informó él.

« ¿Esa puerta adónde lleva?» pregunté con curiosidad.

«Ven y lo descubrirás» respondió él, abriéndola para entrar.

Lo seguí rápidamente. Pensaba que era un trastero o un baño, pero me equivoqué.

« ¡Caray!» exclamé.

«Hay que estar preparado para todo, así que aquí dentro tengo una selección de trajes elegantes para cada ocasión» declaró indicando el imponente y rebosante armario, abierto en frente.

«Aquí, en cambio, está el baño, con jacuzzi obviamente, para relajarse cuando es necesario» continuó abriendo una puerta que daba a un enorme baño Ginori.

«Y ahí al fondo hay una cama cómoda». Chasqueó los dedos y la luz al final del pasillo se encendió, dejando ver una cama matrimonial, que dominaba en el centro de una suntuosa habitación.

Tragué saliva, comenzando a pensar que no estaba allí sólo por mis resultados académicos. Aunque, esta vez, la cosa no me disgustaba como cuando el *Verdadero Cerdo* de Hammer se me intentó echar encima.

«Pasa a menudo que acabo de trabajar tarde y no me apetece volver a casa: pido pizza para cenar y duermo en la oficina.»

Reí tontamente, pensando como un millonario como él pudiera comer pizza en un lugar así.

«Te veo tensa, ¿quieres darte un hidromasaje?» preguntó indicando el jacuzzi.

« ¡No, no, gracias!» me apresuré a responder, pese a que la idea de nuestros cuerpos desnudos cosquilleados a causa de las burbujitas y caldeados por el agua caliente no era tan mala.

Dejamos atrás esa extraña parte de la oficina y volvimos a la habitación principal.

«Ésa es tu mesa. En poco tiempo tendrás tu cuenta personal para acceder al servidor de la empresa. En las carpetas del Mac encontrarás todos los datos y las informaciones necesarias. Obviamente firmarás un acuerdo de confidencialidad, y te puedo asegurar que si una sola palabra sale de este sitio, serás despedida inmediatamente y no encontrarás ningún trabajo en todo el estado, ni siquiera como desatascadora de cañerías. ¿Entendido?»

« ¡Perfectamente!»

«La puerta lateral da a un pequeño trastero y a un estrecho baño, el tuyo» dijo con un tono sarcástico que, sin embargo, no me dio ningún fastidio.

Un *toc-toc-toc* insistente interrumpió nuestro idilio.

«Debe de ser White con el resto de dossiers. ¿Puedes abrirle por favor? preguntó con extrema amabilidad.»

Me acerqué a la puerta y la abrí completamente con elegancia y decisión. No

igualmente agraciada fue la entrada en escena de la mujer que esperaba detrás de ésta.

«¿Victoria?» articuló Nathan, desconcertado.

«Sí, ¿sorprendido de mi vuelta a la ciudad?» replicó ella, quitándose el sombrero de dudoso gusto, que mi despachurró encima como si fuese una perchero viviente.

«Ya no me sorprende nada de ti, a estas alturas ya te conozco muy bien» argumentó él.

«Pero no tan bien como te conozco yo a ti» afirmó ella con un marcado acento inglés.

«¿A qué has venido, además de a hacerme perder el tiempo?»

«He pasado solamente para saludarte amablemente. Estoy en la ciudad para inspeccionar una cadena de hoteles propiedad de mi padre. No sé qué has visto en invertir en el nuevo continente, aquí las normas de calidad son muy bajas»

«Ve al grano, por favor.»

«Es probable que nos veamos en alguna recepción en periodo de fiestas, así que intenta comportarte de manera decorosa en mi presencia. Enseñemos al mundo que sabemos comportarnos en situaciones formales.»

«Yo no tengo problemas en comportarme correctamente. Ahora, si no hay más, puedes irte a... ese hotel del que me hablabas.»

Me esforcé para no reír.

Giró sobre sus vertiginosos tacones y volvió sobre sus pasos. Extendió la mano sin ni siquiera dirigirme su mirada de indiferencia. Yo deposité el sombrero, ella lo cogió y se marchó, golpeando la puerta.

Vi a Nathan sacudir la cabeza y arrancársela del cuello.

«¿Esa no era la joven *Tatcher*, tu ex-novia de nobles e ingleses orígenes?» pregunté con fluidez, quizás incluso con demasiada.

Me miró fijamente.

«Perdóneme, señor, no debería haberme permitido este nivel de confianza» intenté rectificar.

Se acercó, amenazante.

«No, de hecho no deberías de haberlo hecho. ¡Ahora estaré obligado a esposarte y a fustigare!»

Abrí los ojos, profundamente asustada, y él comenzó a reír.

«¿Estaba bromeando! Pero sí, era ella. ¿Lo has adivinado por su arrogancia?»

«Más por el acento, en realidad» admití, intentando tranquilizar a mi corazón después de que se me hubiera subido a la garganta.

«Esa traidora mentirosa, tiene la cara dura de presentarse aquí» refunfuñó a media voz.

«¿Cómo que *traidora*?, ¿No habías sido tú quien le había puesto los cuernos?» me mordí literalmente la lengua un instante después de haber proferido aquella estúpida pregunta. «¿Voy a conseguirle una fusta?» insistí, continuando a tirar piedras sobre mi

propio tejado.

Dio la vuelta a la mesa y se sentó lentamente en la silla. Con gestos me invitó a que hiciera lo mismo al otro lado de la mesa.

«No sé por qué tengo esta sensación, Kate, pero contigo me siento libre de poder hablar de cualquier cosa.»

Aquella confesión me abrió el corazón.

«Es como si desde el primer momento en el que te he visto y dirigido la palabra, hubiese reencontrado una vieja amiga; quien sabe, igual en una vida pasada.»

Cruzó las piernas y giró la silla, poniéndose de perfil. Con la mano en el mentón, pensativo, miró al cielo que se estaba nublando, en un momento de pausa estática y meditativa.

Ya no parecía el multimillonario goliardesco e ocioso que quería aparentar, sino una persona mucho más real y profunda.

No entendí cómo era posible, pero sólo con observarlo me estaba excitando.

«No he sido yo quien le ha traicionado» reveló bruscamente. «Por mucho que suene raro, no he traicionado nunca a ninguna de las mujeres a las que he amado. Y mucho menos a ella, a pesar que de nuestro matrimonio fuera acordado y, al menos desde el comienzo de la historia, no sintiera mucho hacia ella.»

«¿Matrimonio de conveniencia?, ¿Aún existe?»

Rió socarronamente.

«Al parecer en el viejo continente es una práctica que está muy moda, especialmente entre familias de origen noble. Mi padre necesitaba contactos influyentes, y la familia de Victoria de un préstamo que les garantizara solvencia a corto plazo para llevar a cabo un buen trato. Ella ha sido su fianza.»

«Una situación que me cuesta comprender. El amor no se compra y no se intercambia» afirmé segura.

«Pienso exactamente igual que tú, pero quise dar una oportunidad a Victoria. También para ella no ha debido de ser agradable ser vendida a un capitalista americano. Si no hubiera aceptado, el trato se habría esfumado y habría sido el almuerzo de otro hijo de empresario más complaciente. Pensé que era el menor de los males para ella.»

Su mirada se perdió de nuevo entre las oscuras nubes.

«Tengo que decir que supo conquistarme. Tiendo a ver lo mejor de las personas y a devolver el amor que recibo, incluso cuando no es auténtico.»

«¿Entonces ella tenía a otro?»

«A otra, para ser más exactos. Y en estas situaciones no se puede competir me temo.»

«¿Y por qué los periódicos han atribuido a ti la culpa de vuestra separación?»

«Cuando se lee siempre caperucita roja, el lobo siempre será el malo. La historia ya había sido tramada, de tal forma que me dieron la responsabilidad, con fotos retocadas

y testimonios comprados. Mi padre me convenció a ratificar la historia, para salvar la reputación del noble linaje de Victoria y evitar escándalos, sobre todo porque sus negocios están progresando positivamente».

Otra serie de llamadas a la puerta nos interrumpió de nuevo. Era la señora White, llevaba en la mano mi contrato y un CD.

Mientras ella entraba, Nathan me susurró: «Mantén en secreto todo esto, de lo contrario...» se pasó el pulgar por la garganta, pero su expresión sonriente hizo que aquella amenaza fuera poco creíble.

Hojeé rápidamente el contrato que la ex-secretaría me entregó, y por poco no me desmayé.

«¿Tres mil dólares?» pregunté asombrada.

«Lo sé, no es mucho, pero es sólo el contrato base. Si demuestras tus indudables dotes, tendrás seguro un aumento en breve» se justificó, consternado.

«No, no, señor Drake» dije con tono formal, dada la presencia del viejo murciélago. «Considero que la retribución es más que satisfactoria».

-

Capítulo 5 – Sólo una cena de trabajo...

Me senté en mi nuevo puesto de trabajo, encendí el ordenador, un modelo flamante que definiría incluso panorámico, e introduje el CD que me había dado White. Contenía documentos, contraseñas, correo personal y varias notificaciones que me propuse leer lo antes posible, ya que mi nueva bandeja de correo ya señalaba un correo de alta prioridad.

Lo leí con cierta preocupación. No pensaba que comenzaría a trabajar inmediatamente, y encima sin que ninguno me apoyara al principio, y tuve que adaptarme.

«Nathan, espero que no tengas compromiso para esta noche» comencé.

«¿Por qué?, ¿Querías llevarme a cenar para celebrar tu nuevo trabajo?» supuso con cierta persuasión.

«Bueno, sería una buena idea, pero temo que tendremos que aplazarlo. Parece que un tal Frederick Gunter, cuyo nombre está en la lista de *Principales clientes*, solicita una reunión contigo esta noche para cenar».

Notablemente disgustado, Nathan hizo un gesto elocuente de contrariedad.

« ¡Maldición! Esperaba que el teutónico hubiera vuelto a Europa y que el acuerdo estuviera ya firmado. Si ha solicitado una nueva reunión, debe de haber recibido una contraoferta de nuestros competidores.»

Mientras Nathan protestaba, abrí la ficha del cliente.

« ¿El alemán es un armador?» pregunté, leyendo las primeras informaciones.

«Prefiere llamarse *empresario naval*. Se encarga de expediciones marítimas. Sé que uno de nuestros competidores en los suministros, Industrias Queen, ha realizado un presupuesto para un importante pedido plurianual. Estaba seguro de haber ofrecido una oferta mejor, pero deben de haber relanzado a la baja.»

Se rascó el mentón, preocupado.

«Bueno, Gunter es un tipo difícil de satisfacer...» lanzó su mirada hacia mí, una mirada que no supe interpretar. «Se te dan bien los idiomas, ¿verdad?»

« ¿Eh?» puse cara de estúpida al ver en aquellas palabras una propuesta ridícula.

«Quiero decir, ¿Chapurreas bien alemán?»

«Lo hablo perfectamente, así que no habrá ningún problema con posibles dobles sentidos si me dejas hablar a mí.»

«Yo no conozco ni una palabra, por lo que es evidente que hablarás tú. Además, Gunter no habla inglés y no se ha traído a ningún intérprete consigo, por lo tanto serás tú la *estrella* de la noche.»

Reí tontamente, y adopté una expresión entre aterrorizada y embobada. « ¿Significa que tendré que ir a la cena contigo?»

«Conmigo y con el cliente, así que máxima profesionalidad en la mesa, y asegúrate de ir elegante.»

Llegué a la conclusión rápidamente de que la idea de elegancia y de profesionalidad máxima que tenía era lo que llevaba en ese momento.

«Ehm, ¿Puedo ir vestida como estoy ahora?»

Me examinó, pensativo.

«Ni hablar; no puedes venir a una cena de este calibre con la ropa de trabajo después de haberlos llevado encima todo el día. Y para que lo sepas, aunque no me disgusta en absoluto, ese botón que falta deja ver mucho de ti.»

Odié mi camiseta, aunque en el fondo me hacía pícara, inconscientemente.

«No tengo nada más refinado en mi armario» admití, culpable.

«No has abierto todavía la puerta que hay a tus espaldas, ¿no?» Negué con la cabeza y él la abrió para mí.

«A pesar de que White no tenía tu cuerpecito cuando tenía tu edad, supongo que tenéis aproximadamente la misma talla.»

Entré y me percaté de que mi cámara secreta también tenía un pequeño ropero con vestidos elegantes de emergencia y un baño bien equipado. Pequeño en comparación con el de Nathan, pero práctico.

Me giré y sonreí, advirtiendo solo entonces la apreciación de Nathan sobre mi cuerpo. Alcancé el armario y examiné todos los vestidos, todos de marca y preciosos, prácticamente nuevos.

Cogí uno, un vestido en pieza única azul oscuro, bastante fascinante. Lo apoyé sobre el pecho, y deslicé una mano a lo largo del abdomen para ceñirlo al cuerpo.

« ¿Qué te parece?»

«Diría que el mejor es el primero» declaró sonriendo. «Y no lo digo porque me canse de vértelos probar, sino porque pienso que has elegido el mejor» afirmó firmemente.

«Igual me lo pruebo...» dije intentando darle a entender que quería un poco de intimidad.

«Claro, voy allí a... espirar desde el agujero de la cerradura» guiñó un ojo señalando tras de sí y abandonó la habitación.

Cerré la puerta. Me quité la parte de arriba del traje y comencé a desabrocharme la blusa, parcialmente abierta, cuando me surgió una duda que quise aclarar.

Acerqué el ojo a la cerradura y entreví en la penumbra otro ojo que mi miraba.

«Aaah!» grité cohibida cubriéndome el pecho. « ¿Pero qué tienes, quince años?, ¡Eso no se hace!»

Rió socarronamente desde la otra habitación.

«En realidad tengo treinta y tres, pero solo quería comprobar si nuestras miradas se cruzaban en la cerradura» se justificó minimizando la gravedad de los hechos.

Sonreí, honestamente alegre, y deje inmediatamente de protestar.

« ¿Te puedo preguntar a qué restaurante iremos esta noche?»

«Gunter adora el Remington, pero si tienes otras ideas, estoy abierto a sugerencias.»

Nathan acababa de nombrar el local más famoso y costoso de la ciudad.

«Uhm, debería de valer» confirmé, emocionada con la de idea de ir a comer a un

lugar así sin tener que hipotecar la casa de mis padres.

Aproveché el momento de privacidad para mandar un mensaje a las chicas, para advertirles que había conseguido el trabajo y que no volvería a casa a cenar.

Fue un gran error porqué, desde aquel momento hasta el final del día, esas dos locas no hicieron otra cosa que acribillarme a mensajes y llamadas, a las cuales en ese tiempo no respondí.

El vestido me sentaba realmente tan bien que me dio pena quitármelo. Lo hice solamente porque sabía que esa misma noche lo volvería a poner.

Cuando llegamos a nuestro destino, Nathan se negó a entregar al aparcacoches las llaves de su precioso vehículo, un Jaguar negro. En cambio, le dio una suntuosa propina y le preguntó dónde estaba el aparcamiento.

«¿Te importa si damos un paseo? No me apetece dejar el volante de mi pequeño a un desconocido» dijo acariciando el salpicadero del vehículo.

«No, todo lo contrario» respondí, intentando esconder la creciente tensión.

Encontró un lugar amplio y relativamente cercano a la puerta para aparcar el vehículo. Con el motor apagado, de pronto se giró hacia mí y llevó sus manos encima de mis piernas.

Yo retrocedí en el asiento y me puse nerviosa; me relajé sólo cuando la mano fue a abrir la guantera, de donde sacó un joyero.

«No lo tomes como una crítica, no tengo nada en contra de las chicas que no llevan pendientes ni colgantes, es más, las prefiero así. Pero en este tipo de sitios creo que te serán útiles.»

Abrió la caja, enseñándome un collar de oro amarillo con enormes esmeraldas, y pendientes a juego. Las gemas relucían de forma casi hipnóticas.

Me llevé una mano al pecho conmocionada. «Yo, yo, de verdad no puedo...»

«Es un préstamo, para esta noche» precisó, a lo que asentí y esboqué una sonrisa.

«¿Puedo?» me preguntó, cogiendo el collar.

Aparté mi cabello y Nathan se acercó lentamente a mí, nuestras mejillas se rozaron recíprocamente. Su barba de un día y medio pasó sobre mi carrillo rojo del maquillaje y de la vergüenza.

«Ya está, pero es mejor que los pendientes te los pongas tú sola, no quisiera hacerte daño.»

Los cogí de su mano y me los coloqué.

«¿Qué tal me están?» pregunté deseando una respuesta.

«El reflejo de las esmeraldas es igual al de tus ojos: maravilloso y único. Tiene algo de mágico» afirmó, penetrándome con la mirada.

Su voz, cuando decía ese tipo de cosas, tenía el extraño poder de excitarme. Intenté calmarme, mientras que él bajaba del vehículo y lo rodeaba, para venir a abrirme la puerta. Cuando salí, intentó ofrecerme el brazo, pero lo reconsideró.

«De aquí en adelante es como si estuviéramos en una misión espacial. Por lo tanto,

vuelvo a ser el señor Drake durante un par de horas» determinó con una cierta desilusión.

«Por supuesto, señor» respondí, metiéndome inmediatamente en el personaje, aunque no era exactamente un papel.

«Kate, considéralo como una misión importante» remarcó trágicamente. «No quería decírtelo para no ponerte nerviosa demasiado, pero es justo que lo sepas. Si pierdo este cliente, mi padre me echa a la calle, y tú conmigo.»

Reaccioné desconcertada.

«Quizás era mejor que no lo supiera. De todas formas, intentaré hacerlo lo mejor posible, señor Drake.» resalté, seria.

Él asintió y, juntos, uno al lado del otro, pero sin que ninguna parte del cuerpo se tocara, nos encaminamos a la puerta del Remington.

Había visto ese local sólo desde afuera, pasando por la calle, sin fijarme demasiado. No estaba al alcance de mis bolsillos y, en cualquier caso, la opulencia de ese local no era para mí. Pero era una cuestión de trabajo, por lo que tenía que estar preparada para tal tremendo sacrificio.

Según entramos un camarero nos recibió y nos acompañó a la mesa, donde un señor con traje oscuro, con el nacimiento del cabello en mitad de la cabeza, una mandíbula definida, nos esperaba con expresión irritada.

No me dio tiempo a observar la belleza y el esplendor de la suntuosa decoración, cuando el tipo comenzó con tono ofendido: «Zwei Minuten Verspätung, ungläublich!ⁱⁱⁱ»

«Es tut mir Leid, meine Sculd^{iv}» respondí rápidamente.

«Buenas noches a usted también» dijo Nathan. «Por su tono diría que algo que va mal...»

«Está enfadado por nuestro retraso, señor. Le he pedido disculpas, diciendo que ha sido culpa mía» expliqué.

«No deberías cargarte con la culpa si no la tienes. En este mundo ya nos echan muchas.»

Noté un cierto encrespamiento en los labios y un gesto de aprobación que inmediatamente me hizo sospechar.

Nathan separó la silla de la mesa y, amablemente, me acomodó, y se sentó en la mesa a mi lado.

«¿Podrías preguntarle cuál es el motivo de la cena?»

«Herr Drake würde gern wissen, worüber Sie heute Abend sprechen wollen^v»

«Ich habe ein besseres Angebot bekommen. Bevor ich es annehme, will ich eine andere Möglichkeit ihm zu geben, eine gute Gegenangebot zu machen.^{vi}»

Asentí. Nathan me miró fijamente, esperando a ser informado.

«¿Quiere la traducción literal o la síntesis del discurso?»

«La síntesis, por favor, gracias.»

«Como usted sospechaba, ha recibido una oferta mejor de vuestro competidor.

Seguramente cree que os podrá arrastrar a una simple subasta a la baja, en la cual el único que se beneficiará es él» argumenté, segura. Con el rabillo del ojo observé Gunter, que seguía lo que decía palabra por palabra.

«Usted, además de en idiomas, se graduó en administración de empresas, ¿cierto?» preguntó Nathan. Yo lo confirmé. «Se deduce de su perfecta deducción.»

El camarero vino a traernos los menús y a preguntarnos si podía mostrarnos la selección de los mejores vinos de la casa, pero Drake, cortésmente, le propuso que pasara en unos minutos.

«Le diga que bajaré un 5% el precio. Le ofreceré un aplazamiento a tres meses del saldo final, y añadiré un regalo para su hijo, que está a punto de cumplir la mayoría de edad: una lancha motora estilo *Riva* completamente equipada.»

Observé a Gunter, siempre más convencida de la idea que me había metido en la cabeza.

«Señor, ¿Y si añadiéramos en el paquete también un peluquero de última generación o un bonito corte hecho por un peluquero de alta moda?»

Gunter abrió los ojos de par en par y yo lo señalé acusándolo: «Usted entiende perfectamente nuestro idioma, ¡reconózcalo!»

El alemán rió entre dientes, divirtiéndose: «Muy bien, felicidades. Ha descubierto mi pequeño truco» admitió con un ligerísimo acento teutónico.

«¿Por qué utiliza un recurso de ese tipo?» preguntó Nathan, asombrado.

«Me gusta escuchar qué dicen las personas que se sientan a mi alrededor cuando piensan que yo no pudo entenderlos. Esto me posiciona en una situación de ventaja y evita fuertes discusiones directas.»

«Comprendo, en cualquier caso la oferta sigue sobre la mesa, y que sepa que es la primera y la última que le haré. Si industrias Queen bajan aún más de precio, no podrán garantizar la calidad exigida, y esto lo sabe bien usted».

«Es verdad, y estoy seguro de que no lo harían, así que puede preparar el contrato, será un placer firmarlo. Y quisiera también el corte de pelo sugerido por su guapa e inteligente asistente.»

Palidecí y esboqué una sonrisa culpable, pero Nathan no me flageló con su mirada, todo lo contrario.

La vuelta del camarero me vino muy bien. Afortunadamente, Gunter se mostró mucho menos rígido e inflexible de lo que Nathan lo había descrito. Pensé que seguramente seguirle el juego hacía sus veladas aburridas y pesadas.

La cocina del Remington y el Chianti DOC de cosecha hicieron todo más fácil. La velada transcurrió rápidamente entre un plato y otro. Sería alta cocina, pero mi estomago al final del juego, estaba medio vacío.

Resistí a la idea de proponer a Nathan una pizza, aunque algo dentro de mí me decía que vendría con mucho gusto y que habría agradado la comida y la compañía. Sin embargo, lo tarde que era y la larga e ininterrumpida jornada de trabajo me

convencieron a postergarlo.

Durante los discursos de despedida, Gunter me felicitó una vez más por haberlo desenmascarado y por mi talento financiero. Finalmente sugirió a Nathan conservar una colaboradora tan valiosa. Parecía orgulloso y satisfecho de mí.

Llegamos al vehículo en el aparcamiento perfectamente vigilado e iluminado. Se puso en marcha y se dispuso a acompañarme a casa.

Cuando llegamos, las luces en el interior estaban encendidas. Jules y Ángela estaban seguramente despiertas, esperando a hacerme el tercer grado propio de CSI.

«Gracias por la maravillosa velada, Kate, y por haber contribuido al éxito de nuestra misión» inició él.

« ¿Hablas de contribución?, ¡Prácticamente lo he hecho todo sola!» afirmé, sonriendo.

El correspondió y me colocó un mechón dorado que había terminado en mi cara, rozándome la oreja con los dedos.

Me estremecí en el asiento.

«Ay, es verdad, tengo que devolverte los pendientes y el collar, caso me los llevaba» afirmé, aprovechando la ocasión.

«No, quédatelos, por favor. Considéralos una plus bien merecido.»

Negué con la cabeza. «No puedo aceptarlo, es demasiado» insistí depositándolos en la palma de mi mano.

«Tú sí que eres demasiado para ser sólo mi secretaria» declaró cerrándome delicadamente los dedos sobre las valiosas joyas.

Abrí la boca y me quedé con el labio colgante durante algunos segundos, y tragué saliva. «Gracias» supe solamente balbucear, un instante antes de deslizarme sobre él para besarlo en la mejilla. «Hasta mañana entonces» concluí apartándome mientras buscaba frenéticamente la manilla de la puerta.

« ¡Espera! la mejilla izquierda está celosa, ¿A ella no le das un beso?» dijo, perverso y guasón.

Sonreí a su estúpida propuesta y me acerqué para depositar un inocente beso en la otra mejilla que se había quedado con las ganas. Después me detuve de frente a sus cautivadores labios y a sus magnéticos ojos.

De repente me entristecí pensando que él era mi jefe, y que toda la confianza que había entre nosotros y la bonita velada procedía de una relación de trabajo.

Espontáneamente, deposité un beso en sus labios, me giré y escapé del coche antes de que pudiera suceder algo de lo que no estaba todavía segura de querer.

Como si fuera una estúpida adolescente, me giré para ver si estaba todavía, y estaba allí, con los ojos puestos sobre mí. Su mirada no me había abandonado durante todo el trayecto.

Le mandé un saludo con la mano, al que correspondió, y entré. Sólo cuando supo que estaba a salvo, en casa, encendió el motor y se marchó. Sin embargo, se había

equivocado: no estaba a salvo en absoluto. Dos bestias antropomorfas, sedientas de información e indecentes detalles, me saltaron encima inmediatamente.

Después de un primer, rápido resumen de la jornada, Ángela no dejaba de felicitarme por el éxito obtenido en mi trabajo, mientras que Jules seguía criticándome por no haber hecho sexo salvaje con Nathan en su coche, preferiblemente delante de casa, de manera que nos pudiera haber visto.

-

Capítulo 6 – ¡Misión imposible!

La mañana sucesiva me presenté en la oficina con unos pocos minutos de antelación. Levantarse había sido duro, no tanto por la hora a la que había vuelto, sino por las dos sucesivas horas de acosamiento de mis amigas y por un proyecto en el que había trabajado antes de pillar el sueño.

Entre las varias asignaciones otorgadas por White el día antes, se encontraban también las llaves de la oficina. Considerando que lo compartía con Nathan, era un privilegio significativo poseerlas.

Intenté abrir la puerta, pero se abrió completamente delante de mí. Sophia, con su paso marcial y su habitual aspecto austero, me saludó más bien de forma cordial. Correspondí y se marchó sin más preámbulos.

Me encogí de hombros y entré luciendo uno de mis mejores sonrisas.

« ¡Buenos días!» anuncié, casi radiante.

Nathan estaba girado de espaldas; observaba el cielo con una mano apoyada en la silla y con la otra en el cristal de la ventana.

Cuando escuché mi voz se giró. Viéndome sonreír, pareció tranquilizarse por un breve instante.

Cerré la puerta; ahora estábamos solos y podía dirigirme a él como quería, o casi.

« ¿Pasa algo?»

Suspiró.

«Hoy tendríamos que celebrar el éxito obtenido con Gunter, pero parece que las pruebas no acaban nunca» respondió, críptico.

« ¿Qué quieres decir?» pregunté, después de haber depositado el bolso sobre la mesa, todavía desadornado.

«White me ha entregado un dossier. Un nuevo cliente» especificó indicando una carpeta.

«Bien, ¿te apetece examinarlo juntos?» lo exhorté, proactiva y optimista.

«No hace falta, lo conozco ya» replicó pensativo.

Me acerqué. Viéndolo tan alicaído, sentí el instinto de abrazarlo y de consolarlo, pero me limité a acariciarle el brazo derecho.

«Si me lo cuentas, igual podemos encontrar una solución, juntos.»

Me guardó con sus maravillosos ojos magnéticos. Levantó las cejas y se pasó una mano por el cuello.

«Giorgio Santopadre» dijo.

«El nombre no me dice nada» admití, poniendo una extraña cara.

«Es un rico e influyente fabricante industrial italiano. Mi padre lo quiere como socio para un consorcio en Italia, un mercado totalmente nuevo para nosotros. Joseph pretende adquirir una parte considerable de las acciones de la sociedad de Santopadre, actualmente propiedad de su familia.»

«De acuerdo, me gusta la cocina italiana y su vino. ¿Para cuándo está prevista la cena?» me lancé, saboreando otra velada culinaria con Nathan.

En ese instante, Yang Mae-Tze irrumpió en la oficina. En cuanto nos vio, se sorprendió y retrocedió sobre sus pasos, para llamar a la puerta entrecerrada con expresión culpable, algo que antes había olvidado hacer.

Inspiró para hablar, pero Nathan lo anticipó: «Ahora no, Yang, conozco bien los detalles del caso y no necesito que me transmitas tu ansiedad.»

El chino hizo media reverencia y se marchó, rápido como había llegado.

Nathan se volvió hacia mí y continuó con la conversación: «Nada de cenas esta vez, me temo. Santopadre se encuentra en Aspen con su mujer y sus hijos. Pasará allí un periodo de vacaciones con ellos antes de volver a Italia, unos días antes de Navidad.»

«Uhm, me parece que allí arriba no hacen cocina italiana» comenté, desilusionada.

«Ojalá fuera ese sólo el problema. Mi padre, que por cierto no mantiene una buena relación con él, quiere que cierre yo el trato. Pero será imposible» determinó, frunciendo el ceño.

«¿Por qué dices eso? También ese tal Gunter te parecía un tipo difícil, y de hecho me pareció más bien fácil concluir el acuerdo.»

«Al contrario del alemán, el italiano presenta otro tipo de problemas. Es un católico acérrimo, obsesionado con la religión y la familia; tiene una mujer a quien obedece, una hija y un hijo. Tiene la firme convicción de que quien no tiene una familia estable y tradicional detrás no puede actuar en los negocios como lo haría un *buen padre de familia*. Por lo que no nunca cierra tratos con industriales o dirigentes solteros.»

«Ah, entiendo. Pero habrá alguna forma de convencerlo para que se fie de ti, ¿no?»

Nathan dirigió sus ojos de golpe sobre mí, me miró de pies a cabeza, como si quisiera hacer una exploración exhaustiva de mi cuerpo.

«¿Qué?, ¿Qué sucede?» pregunté, incómoda.

«¡Tú!, ¡Tú eres la solución!»

«Bueno, soy buena en resolver problemas, pero en dicha circunstancia, ¿qué debería hacer?»

Sonrió con malicia.

«Simple: ser mi mujer.»

Abrí la boca, incrédula e incapaz de decir media palabra.

«Durante algunos días y ficticiamente, quería decir» aclaró inmediatamente.

«Ah, claro» remarqué yo, sonriendo como una estúpida. «No lo sé...» añadí después, torciendo la nariz.

Me agarró por los hombros y me acercó hacia él.

Pensé que quería basarme, y admito que como método de persuasión habría podido funcionar, pero no fue así.

«Escucha primero mi oferta. Si aceptas, ¡tendrás una prima del cero coma uno por ciento del valor del contrato!»

«¿Del cero coma uno por ciento?, ¿No será mucho?» objeté escéptica.

«Tal vez sí. ¿Sabes cuánto es el cero coma uno por ciento de veinte millones de

dólares?»

Abrí los ojos y la boca: « ¿Ve- veinte mil dólares?, ¿Por ir de vacaciones a Aspen contigo y hacerme pasar por tu dulce esposa?, ¿Dónde tengo que firmar?» exalté, alegre. Incluso los ojos en cierta manera estaban sonriendo.

Resolvería mis problemas económicos durante un largo periodo, y pasaría unos días de vacaciones en un lugar magnifico, junto a un hombre maravilloso.

Después de un momento de alegría desbordante, en la que fuegos artificiales estallaban en mi cabeza y en mi pecho, me di cuenta de un par de cosas, que le conté inmediatamente: «Hay sólo un pequeño problema, tal vez dos.»

« ¿Cuáles?»

«Hace años que no esquío, no tengo ropa de montaña y no creo que podamos pasar por una pareja de casados cuando no sabemos casi nada uno del otro.»

«Son cuestiones solubles. No es necesario que vayas a la pista si no te atreves. Además, antes de ir haremos compras y aprenderemos a conocernos recíprocamente: comida preferida, canciones favoritas, coartada para saber dónde, cómo y cuándo nos conocimos y así sucesivamente...»

« ¡Estoy de acuerdo!» Le di la mano. La apretó fuerte, me tiró hacia él y me abrazó.

Mis senos presionaron su pecho, mi corazón empezó a latir fuerte dado que no me soltaba.

«Creo que tendremos que practicar también esta parte» me susurró al oído.

«De-de acuerdo» balbuceé, apretándolo todavía más.

«Me siento como Julia Roberts en Pretty Woman» dije cuando el vehículo de Nathan desfilaba por la Quinta Avenida.

« ¿Quieres decir que te sientes como una prostituta y que esta noche haremos sexo desenfrenado?» comentó, riendo.

Le di una palmada en la espalda.

« ¡No quería decir eso! De todas formas nunca se sabe, depende de cuantas cosas me compres» contesté con una sonrisa desvergonzada.

Ambos reímos desenfrenadamente.

De repente, me di cuenta que había olvidado una cosa importante. Busqué rápidamente en el bolso.

« ¿Qué estás buscando con tanta prisa?»

« ¡Esto!» exclamé agitando un sobre. «Antes de marcharnos, tengo que entregarlo a los chicos del primer piso»

« ¿Qué es?»

«Es mi proyecto para la decoración del árbol de Navidad y del hall. ¿No habías dicho que me lo encargabas?» le recordé.

«Ah, entonces me has tomado la palabra. ¿Y cuándo has tenido tiempo para trabajar en ello?»

«Ayer por la noche, cuando volvimos de la cena. No conseguía coger sueño, así que

escribí una lista e hice un par de dibujos a mano. Te los enseñaría, pero en primer lugar, son bastante malos; y en segundo, estás conduciendo y no debes distraerte.»

« ¿Y por qué no tenías sueño?» preguntó, desviándose del tema de la decoración.

«Bueno, tenía algunas cosas en la cabeza, lo de siempre» le quité importancia, cuando una imponente serie de escaparates que me hicieron abrir los ojos, captaron mi atención.

«Creo que podríamos pararnos aquí» dijo él, mientras buscaba un aparcamiento.

« ¿Pero qué es?, ¿Una casa de moda para la alta montaña?, ¡Los trajes de la exposición son maravillosos!, ¡Y mira cómo están adornados los escaparates!» comenté, bajando del coche todavía con el motor encendido.

Di la vuelta al vehículo; la carretera estaba congelada y di un paso en falso. Me encontré mirando el cielo, casi en el aire, preparada para una indecorosa caída, pero las manos fuertes y seguras de Nathan me cogieron justo a tiempo.

« ¿Pero qué haces?, ¿Te quieres romper algo nuevo justo ahora? Espera que al menos lleguemos a Aspen» ironizó.

Me cogió por la mano. La mi estaba gélida y había olvidado de ponerme los guantes. Sin embargo, la suya estaba caliente.

Cruzamos la carretera y llegamos a la entrada de la tienda. Mi estómago rugió como un desagüe recién desatascado. Me avergoncé del ruido, que se escuchó a través de la ropa a pesar de la confusión del tráfico.

« ¿Tienes hambre?, ¿Desayunamos antes de las compras salvajes?»

Sonreí ante la idea.

«Bueno, sería genial *Colazione da Tiffany*.»

« ¿Hoy estás con ganas de usar metáforas de experta cinéfila?»

«Menos mal que no has dicho *chinofila*, como decía el estúpido de mi ex.» sonreír, arrepintiéndome acto seguido de haber mencionado a ese idiota di Tony en un momento tan bonito como este.

« ¿Piensas todavía en él?» en su voz me pareció de intuir una punta de desilusión.

«En realidad no, ni en él ni en la dos chicas tailandesas con quien me traicionó antes de que le dejase» objeté.

«Con todo mi respeto hacia los orientales, ninguna aventura exótica merecería el riesgo de perder el amor de una chica como tú.»

Lo asimilé y sentí el irrefrenable instinto de besarlo, justo allí, en medio de la calle, a un paso de la cafetería y a dos de la tienda de mis sueños, con todas las personas y los coches que pasaban por al lado, que casi dejé de ver o sentir.

« ¿Nos tomamos un expreso al estilo italiano?» propuse, refrenando mis destapados propósitos.

Asintió y me ofreció el brazo, que agarré felizmente.

Sentarnos en la mesa de aquel local tan acogedor nos permitió comenzar a hablar uno del otro.

Lo que normalmente era una fase inicial, en una extraña relación derivada de necesidades laborales, peligraba convertirse en una especie de interrogatorio recíproco o en una farsa.

Sin embargo, Nathan me pareció interesado en conocer cuáles eran mis gustos, y yo quería realmente saber los suyos.

Después de algunos minutos, tuve la prueba de lo que había intuido ya hace tiempo: él no era el rico y consentido retoño de una familia sumamente acomodada, sino una persona verdadera, profunda, que recurría a la ironía para quitar hierro a la complejidad de la vida, no para desviarse de sus deberes o de la realidad.

Pensé que era realmente raro que, dada la diferente condición social, nos pareciéramos tanto, pero estaba feliz, y sabía que cada palabra que saliera de esos maravillosos labios era sincera.

Cuando entramos en la tienda y vi los primeros precios, me entraron algunas dudas y un repentino sentimiento de culpa.

«No me puedo permitir esta ropa, pero no quisiera tampoco aprovecharme de la situación» aclaré enseguida.

«Así que antes de que sea víctima del delirio, dime cuál es mi límite de compra.»

«Depende. Si me haces ir contigo al camerino, bastante alto supongo» respondió, esbozando una sonrisa pícaro.

« ¿Ah, sí?, ¿Y qué querrías hacer en el camerino, conmigo semidesnuda, entre vestido y vestido?» lo presioné desvergonzadamente, acercándome lenta e implacable.

Tomó aire para hablar, sorprendido por mi descaro, cuando una inoportuna dependienta llegó.

«Buenos días, señores, ¿en qué puedo seros útil?»

«Mi mejor necesitaría un traje invernal. Vamos a ir de vacaciones a Aspen. ¿Sabe? Es su primera vez» dijo él, intentándose meter en el papel.

«Es verdad, es la primera vez que vamos juntos. En cambio él, por motivos *de trabajo*, ya ha estado varias veces con sus compañeros» contesté, simulando estar enfadada.

«Bueno, señorita, en ese caso, coja dos conjuntos para las próximas vacaciones que hagan juntos» recomendó con empatía la chica.

Nos intercambiamos un sonrisa cómplice, pero Nathan no pareció preocupado.

Me quité el sombrero, le agarré de los hombros y le hice sentirse en un cómodo pouf acolchado, justo delante de los camerinos.

«Ponte cómodo, cariño. Te espera un largo desfile de trajes invernales.»

Pareció que disfrutara. Lo observé detenidamente antes de perderme en aquella jungla de tejidos y lana, junto a mi nueva y luchadora aliada.

•

Capítulo 7 – Imprevistos bajo las sábanas

El viaje hacia Aspen me pareció muy breve. Nathan era una compañía agradable y divertida, y no sabía si las vistas más bonitas estaban al otro lado de la ventana o a mi lado.

En varias ocasiones mi ojo se posó en el anillo que aquella mañana Nathan me había colocado el dedo: una alianza. Yo que era contraria a los matrimonios verdaderos, estaba ofreciéndome para escenificar uno falso. Y sin embargo, cuando él me cogió la mano, deslizó las yemas de los dedos sobre el dorso y acarició mis dedos, sentí un escalofrío, que se hizo más intenso a medida que el anillo descendía hasta la base.

Me habría gustado haberle metido el anillo del mismo modo, pero le vi demasiado avergonzado y dejé con gran pesar que lo hiciera solo.

Cuando llegamos al hotel, el sol estaba ya acariciando la cima de las blancas montañas nevadas.

«¿Estás preparada, cariño?» preguntó, cogiéndome de la mano.

Asentí y, alegre, esboqué una sonrisa segura.

En cuanto dimos los primeros pasos en el interior del ostentoso hotel, una voz que me pareció estar claramente condicionada por un acento italiano, llegó a nosotros.

«¡Señor Drake!»

«Señor Santopadre» contestó él, reconociendo inmediatamente el objetivo de nuestra misión a las tres de la tarde.

Nos dirigimos seguros hacia él.

«Ella es Kate, mi mujer» se apresuró a precisar. Lo saludé con media reverencia y una sonrisa.

«Un placer conocer a su mujer, y a usted.»

El hombre, de unos cincuenta y pocos años y ligeramente en sobrepeso, con la piel bronceada y un cierto clareo en la cabeza, no era muy alto pero parecía fiable y tenía una sonrisa sincera que lo hacía agradable.

«Si usted está de acuerdo visto que pasaremos mucho tiempo juntos este fin de semana, sugiero pasar a un tono más coloquial» propuso Nathan.

«Por supuesto. No soy todavía un *vejestorio*, prefiero yo también que nos demos del tú.»

«Entonces ya somos tres» me entrometí con desenvoltura.

El hombre nos observó durante algunos instantes.

«No sabía que te hubieras esposado, Nathan. Para ser sinceros, me habían llegado a los oídos noticias poco alentadoras sobre tu reputación en materia de mujeres y fidelidad» comentó, con un tono esta vez poco amable.

«Giorgio, estoy seguro de que una persona como tú no da crédito a lo que escriben ciertos periódicos de dudosa fama.»

«Ciertamente nos hemos casado hace poco, pero no tengo dudas de la fidelidad de mi marido. Él sabe que el amor que nos une se basa en la confianza y en la sinceridad» intervine con rapidez.

«La traición es algo duro y doloroso, no se puede esconder durante mucho tiempo, a menos que quien lo haga no sea completamente amoral o no ame realmente a su mujer.»

«Él me ama, y si mirase a otra aunque sea por error, ¡le daría una paliza!» declaré sonriendo, tal vez con demasiado entusiasmo.

«Un poco de celos sanos nunca hacen daño, incluso cuando hay confianza recíproca. *No codiciarás la mujer de tu prójimo*» citó, riendo a carcajadas. «Tenéis que perdonarme si os he interceptado de este modo, estaba esperando a que mi familia volviera de las compras vespertinas. Tendré la ocasión de presentárosla esta noche, porque comeremos juntos, ¿verdad?»

«Por supuesto. ¿Verdad, querida?» preguntó Nathan.

« ¡Sin duda! estoy deseando conocer a su familia. Lástima que no hagan cocina italiana en este sitio».

«Santopadre sonrió con cara de travieso»

«¿Y quién lo dice? me he traído de Italia mi chef personal, Simone. Veréis, ¡os deleitará! el restaurante le ha permitido utilizar la cocina sólo para mí y para mis agradables invitados.»

« ¡Fantástico!» exulté, entusiasta.

«Entonces nos vemos a las siete; sed puntuales, por favor.»

« ¿A las siete?, ¿No es un poco pronto?» traté de argumentar.

«Después de un largo día en la nieve, el apetito llega pronto y se siente. Nos vemos a las siete» confirmó, perentorio.

«Hasta luego» concluyó Nathan.

Nos dirigimos hacia la recepción.

Después de coger las llaves de la suite y haber dejado las maletas al botones, subimos a nuestra habitación.

La cita a las siete no nos dio tiempo para deshacer completamente las maletas o cambiarnos de ropa; di un rápido retoque al maquillaje y tuvimos que bajar en seguida.

El comedor del hotel era grande y estaba decorado con estilo; la chimenea que dominaba en el centro no daba sólo calor, sino que daba una sensación de hospitalidad familiar.

Llegamos a la mesa puntuales, pero encontramos a Santopadre y a su familia ya sentados esperándonos.

«Perdonadnos, esperamos no haberos hecho esperar demasiado» comencé.

«No se preocupe, querida» dijo la mujer con perfecto dominio del idioma, vacilando sobre si dar la mano o no. «Llegáis justo a tiempo, es mi marido que le encanta llegar siempre algunos minutos antes. Yo soy Anna.»

«Anna, un nombre palíndromo muy bonito. Yo soy Kate.»

«Un placer, Nathan» añadió mi hombre por una noche, tendiendo su mano cálida a la señora.

«Ellos son nuestros hijos, Laura y Fabio, tienen veintidós y dieciocho años» anunció

la mujer, orgullosa.

«Mamá, otro día le enseñas el documento de identidad, ¿vale?» respondió la chica con ironía.

«Por favor» nos invitó Santopadre, haciéndonos un amplio gesto.

Nathan apartó la silla y me acomodó, y se sentó a mi lado.

«Quiero dejar bien sentado una cosa, tengo sólo una regla en la mesa: no se habla nunca de trabajo» estableció Giorgio.

Cuando Simone Bischeri, el cocinero toscano, comenzó a servir los entrantes, se me iluminaron los ojos. La salivación comenzó a aumentar y mi estómago aplaudía, aunque una voz, acallada por el apetito, intentaba en vano avisarme para que estuviera atenta a las calorías.

La lasaña con ragú de jabalí y el asado que sirvió como segundo, con patatas con romero por encima, eran la delicia del paladar. Incluso Nathan, como todos los demás, disfrutó mucho.

Aunque era realmente bueno, el cocinero era muy joven y tenía un cierto encanto. Para mí un hombre bueno en la cocina siempre será mejor que un mazado que se hace fotos en el banco, pero no parecía ser la única que pensaba de esa manera.

Laura había probado todos los platos, pero había comido muy poca cantidad. Su mirada estaba más centrada en Simone que en sus platos. También el joven le lanzaba a menudo miradas densas de significado y sonrisas coquetas.

Al final de la noche, nos tomamos un licor digestivo en frente de la chimenea. Vi que Laura se había alejado, y miraba a través de los oscuros cristales con expresión ausente. Incluso su madre pareció darse cuenta, pero se mantuvo a cierta distancia.

Preocupada, me acerqué.

« ¡Cuánto lo amo!» susurró la chica, empañando el cristal con la respiración, « ¿Pero cómo puedo confesárselo a mi padre?» dijo en su lengua natal.

«Es un chico guapo y muy bueno en su trabajo, un verdadero artista. Comprendo que te guste» comenté.

Me miró asustada.

« ¿Has entendido lo que he dicho?»

« Mmm sí, me licencié en idiomas, el italiano es uno de mis preferidos.»

Me agarró por los hombros.

« ¡No se lo digas a nadie, por favor!»

«Nunca contaría el secreto de una hermana» le guiñé el ojo e hice el gesto de cerrar la boca. «Creo que deberías de hablar con alguien de ello, tal con vez con tu madre»

«Ella no sospecha nada, y no creo que sea más generoso que mi padre a la hora de juzgar a mi amante. Pensarán que está interesado en mí por el dinero, pero Simone podría ganar diez veces más en un restaurante italiano o abrir uno solo si quisiera. Continúa siendo el cocinero de la familia para estar a mi lado.»

«Te comprendo, el amor nos hace renunciar y sacrificarnos. De todas formas, creo

que estás juzgando demasiado duro a Anna. No sabes lo que haría una madre por una hija, o un hijo. Si estás segura de tus sentimientos y de los suyos por ti, confiárselo a tu madre y preparar juntas un concilio de guerra para hacérselo asimilar a tu padre, sería la opción mejor.» Le guiñé un ojo.

Sonrió. «¿Tú lo harías?»

«Mi madre es una cotilla pesada, y mi padre un entrometido, pero nunca, ni una sola vez han dejado de apoyarme y de escuchar mi versión de los hechos antes de juzgarme. Porque en realidad es de lo que se trata entre padres e hijos: dar consejos basados en la experiencia y en el amor, luego está la parte de escucharlos o no, nadie obliga a nadie.»

«Entonces lo intentaré» profirió sonriendo de nuevo. «Y dime, ¿qué pensaban tus padres de tu matrimonio con Nathan?»

Me quedé un instante pensando.

«Les gustaría mucho, estoy segura» dije observándolo de lejos. «Quería decir que *les gusta mucho*, ¡muchísimo!» rectificué rápidamente.

Al final de la noche, Nathan y yo subimos a la habitación con el estómago lleno y con un cierto cansancio a causa del largo viaje.

Cuando lo vi relajarse encima de la cama, me di cuenta entonces de lo que no había visto o no había querido ver cuando habíamos subido a deshacer las maletas: ese era el único lecho presente en la habitación.

«¿Cómo organizamos para... dormir?» pregunté, con una mano sosteniendo y con el índice golpeteándome en los labios fruncidos.

«Yo estoy bien tanto en el lado derecho como en el izquierdo, nunca he tenido problemas» respondió él con una sonrisa socarrona.

«¿Significa que tendremos que dormir juntos?» reí nerviosamente.

«Puedes estar tranquila, no estiraré las manos, a menos que no lo quieras» especificó.

«Creo que has bebido demasiado de ese *Brunello* esta noche, no estoy segura de poder fiarme de ti.»

«Nunca tocaría a una mujer que no me desea» aclaró, sumamente serio.

El problema era otro: yo lo quería. Pero no podía suceder así, no mientras estaba trabajando. No quería una aventura que podría costarme para colmo el trabajo o que habría podido hacer del trabajo un infierno.

«¿Ves?, cuando quieres puedes ser sumamente serio y profundo, pero normalmente escondes este lado en medio de un mar de estupideces que disparas repetidamente» solté sin rodeos. «No obstante, en el fondo, tu manera de comportarte me gusta» precisé inmediatamente después.

«¿Acaso es una sugerencia sutil para cambiar mi estilo?» rió traviesamente.

«Una broma de vez en cuando no está mal, pero a las chicas nos gustan los tipos profundos» sostuve, sin estar muy convencida.

«La mayor parte de las mujeres que he conocido no buscaban un hombre profundo, sino que pudiera ir en la profundidad de su... bueno, ya sabes.»

« ¡Eres un grosero! » grité ofendida, e inmediatamente me tapé la boca.

«Puede ser, pero también estoy abierto al debate y no impongo mi opinión, por lo que te ruego, ilumíname en mis errores.»

« ¿Para reírte?, ¡No, gracias! »

«Vosotros las mujeres siempre decís que amáis a los hombres por lo que son, que sus defectos no os molestan, que no cambiaríais nada, aunque no sea perfecto.»

«A menudo es así» corroboré.

«E incluso os lo creéis, al menos en un primer momento, y estáis dispuestas a convencernos de que es la verdad. Después llega el fatídico día en el que vais a vivir juntos, y buscáis sistemáticamente cambiar cada una de nuestras costumbres arraigadas, nuestra planificación del tiempo libre, ¡incluso la organización de los espacios personales!»

«Lo hacemos por vosotros, para mejorar vuestra vida.»

«Ya está mejorada tal como está, créeme, para nosotros lo está.»

«Está bien, te has ido por las ramas y creo que no tengo nada que añadir, aparte de que yo estaré en el lado derecho, y tú en el izquierdo» dije, buscando de mantener la voz lo más firme posible.

«Por mí no hay problema» confirmó, encogiéndose de hombros.

«Bien, ¿podrías ahora darte la vuelta? me tendría cambiar para dormir.»

Asintió esbozando nuevamente su sonrisa pícara. Se giró y me dio la espalda, mientras miraba el muro. Empecé quitándome el grueso jersey y desabrochándome la blusa de prisa, mientras vigilaba que Nathan no ojeara, esperando por otra parte que lo hiciera.

La blusa se deslizó ligeramente sobre mi piel helada, mi sujetador acolchado exaltaba mis formas como nunca y tenía los pezones tiesos por la baja temperatura. Deseé que Nathan estuviera mirando.

Me quité los zapatos y llevé mis manos a la cremallera de la falda, y empecé a abrirla lentamente. Me sentí sorprendentemente ansiosa. La falda cayó rozando los muslos, mientras mis piernas saltaban a causa del frío. Me metí rápidamente el pijama de pié y me metí bajo las sábanas.

Los nervios desaparecieron por el momento.

«Bien, y que sepas que no he mirado.»

«Lo sé, te he vigilado, ¿qué crees?» respondí. «Ahora me toca a mí, me meto debajo de las sábanas, así te dejo privacidad.»

Levanté la manta por encima de la cabeza.

Escuché el ruido de los zapatos y del cinturón cuando se los quitó. Bajé ligeramente la manta para ojear y vi su hermoso trasero duro, digno del mejor Don Diego. La levanté un instante antes de que él se girase.

«Ya voy» anunció. Encendió la lámpara, apagó las luces de la habitación y se metió debajo de las sábanas.

«Buenas noches» me apresuré a desearle, colocándome de lado para darle la espalda.

Me habría gustado que se me hubiera echado encima, y hubiera apretado su miembro viril entre mis nalgas, pero Nathan se limitó a darme las buenas noches y a apagar la lámpara.

Siempre había sido muy friolera, y en alta montaña todavía con más razón, pero en aquel suntuoso hotel estaban sin duda ahorrando en calefacción.

Me estaban castañeando los dientes por el frío, y las sábanas me parecían finas capas de cebolla, para nada cálidas y envolventes.

Me giré y me acerqué a Nathan. Le cogí el brazo derecho.

«Tengo frío, me acerco sólo por eso, no pienses cosas raras» aclaré de repente.

Su calor me inundó. Esa calidez me relajó, y no pensé en otra cosa que en disfrutar del momento.

«Está bien, escucha, en realidad desde hace un tiempo que las pienso» admitió Nathan, pero yo entendí muy poco. Estaba adormecida y pensé que ya estaba soñando.

«No sólo porque eres hermosa y nos encontramos interpretando la pareja perfecta, ¡es que tú me gustas!, estás llena de recursos, inteligente, decisa, simpática... ¿Kate?»

¡Norr... norrr!

« ¡No me lo creo, vamos, no finjas!»

¡Norr... norrr!

Sentí algo que me pasaba por el pelo, pero no me comprendí que era su mano, y a la mañana siguiente ese recuerdo se devaneció.

•

Capítulo 8 – Reuniones y reuniones

A la mañana siguiente Nathan se despertó a las 7 en punto. Aunque ningún despertador lo despertó, su costumbre arraigada de levantarse a esa hora se impuso.

Intentó salir de la cama, pero se dio cuenta que me tenía recostada encima de él. Mi cabeza estaba apoyada en su pecho, y con el brazo derecho le rodeaba la cadera.

Mi pierna izquierda estaba entrelazada con las de Nathan, y el muslo presionaba los genitales. Ese prolongado contacto íntimo no lo había dejado indiferente.

«Ehm, Kate...» intentó llamarme con una voz dulce que me pareció un eco lejano. «Kate, despiértate.»

«Uhm, déjame dormir...» protesté estirándome encima de él como una gata somnolienta.

«Te advierto que aquí la situación está que arde...»

Sólo en aquel momento comencé a darme cuenta de la situación.

Sentía su calor y el contacto de mi cuerpo con el suyo. Y algo más, había algo que me presionaba la pierna, y era inútil negarlo: se trataba de su pene erecto.

Abrí los ojos y lo miré fijamente. Lo tenía delante, estaba a pocos centímetros de mis labios; obviamente estoy hablando de su rostro. Percatándome de la situación en la que me encontraba, salté como un grillo, precipitándome sobre mi lado de la cama.

« ¿Cómo te has atrevido a invadirme?» lo regañé inmediatamente, consciente de haber sido yo quien se había equivocado.

Me miró con los ojos entrecerrados.

«Mira de nuevo: no me he movido ni siquiera un milímetro, eres tú quien se me ha revolcado, seguramente mientras dormías.»

«Uhm, puede darse la posibilidad de que me haya movido en el sueño y haya acabado encima de ti, de manera totalmente involuntaria, quiero decir.»

Rió socarronamente. «Sin duda, accidentes nocturnos que suceden cuando se comparte la cama.» guiñó el ojo e intentó bajarse de la cama. Apartó las sábanas y enseguida desistió, cubriéndose de nuevo.

« ¿Qué te ocurre?, ¿Ya no te quieres levantar?» pregunté, consciente de que algo ya se había levantado antes.

«Ehm, igual me relajo otros diez minutos» comunicó, cerrando los ojos y cruzando los dedos detrás de la cabeza, es un esfuerzo de placar ciertas pasiones íntimas.

Después de un magnífico y calórico desayuno, nos preparamos de punta en blanco para las pistas de esquí. Santopadre, de hecho, nos había invitado a Nathan y a mí a pasar la mañana con él en la nieve, mientras que la tarde la dedicaríamos a ir de compras junto a su familia. Por el momento, el italiano no parecía querer hablar de negocios, y a mí el asunto no me disgustaba.

Envuelta en mi conjunto violeta, con gafas, papalina y esquís a juego, me paré a contemplar la majestuosidad de las montañas desde la cima de la pista.

«Cielo, ¿estás segura de no querer recibir una clase antes o, tal vez, de comenzar con algo más sencillo?» me preguntó Nathan preocupado.

«Cariño, ya sabes que de niña iba a esquiar todos los años con mis padres. Es como andar en bicicleta, ciertas cosas no se olvidan nunca.»

« ¡Bien dicho! Con garra y decidida. Nos vemos allí abajo. ¡Bajo a toda mecha como mi mito, Alberto Tomba!» anunció Santopadre, un instante prima di tirarse a la pista.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, exterioricé mis pequeñas preocupaciones.

«Nathan, continúa tú. Prepara la pista y enséñame las trayectorias, por favor.»

Se acercó a mí. «Si no estás preparada, no lo hagas. Podría ser peligroso.»

«No seas tan protector, ¡realmente no eres mi marido! Y aunque lo fueras, caray, no te querría tan aprensivo.»

«La atención no es aprensión. Sé que eres buena en muchas cosas, pero no siempre se puede destacar en todo. Esquiar es mucho más peligroso de lo que parece, tú misma lo habías señalado como un problema antes que saliéramos.»

Percibí en su voz el cariño que me tenía. Había sido desagradable, pero continué en mis trece.

« ¡Adelántate y acelera o te adelanto!» lo amenacé, segura.

Se puso las gafas y comenzó a descender.

Era bueno, muy bueno, y esos pantalones adherentes de nieve exaltaban su increíble culo y sus muslos musculosos.

Se contoneaba a derecha y a izquierda, formando curvas perfectas y trayectorias seguras.

Me di cuenta de que estaba desapareciendo debajo de mí, así que me dispuse a alcanzarlo esquiando detrás.

A aquella hora de la mañana la pista estaba más bien desocupada, y esto facilitó considerablemente mi hazaña.

Comprendí de inmediato que trabajar no era exactamente como ir en bici. Mis piernas ya no estaban acostumbradas a esos movimientos, y los esquís amenazaban con ir donde querían. Apreté los dientes, después de todo, la bajada era breve.

Descendí lentamente, observando a Nathan e intentando imitar sus parábolas de experto esquiador dotado de piernas musculosas.

Finalmente la vi: el final de la pista estaba cerca. Nathan cruzó los esquís y se paró. Santopadre estaba a poca distancia de él.

Mi falso marido se quitó las gafas y me observó recorrer el tramo final.

Iba demasiado rápido, y me di cuenta antes de que él comenzara a bracear para ordenarme frenar.

Nathan miró a su alrededor: árboles a su izquierda y una pareja con dos niños a su derecha. Yo me acercaba a él con las caderas bloqueadas. Extendió los brazos y se puso firme; yo abrí los esquís y me ayudé con los bastones, pero me caí igualmente encima de él.

Acabó duramente en el suelo, conmigo encima.

« ¿Estáis bien?» irrumpió Santopadre, acudiendo a la escena.

Me ayudó a levantarme y a quitar los esquís de los pies.

Nathan estaba medio hundido en la nieve.

«Cariño, ¿Cómo estás?» pregunté. Sinceramente preocupada como estaba, llamarlo cariño fue para mí una cosa muy natural y espontánea. Le di un tortazo en la mejilla para reanimarlo.

« ¡Ay!» protestó, entrecerrando los ojos.

Lo ayudé a levantarse y lo agarré fuerte. « ¡Perdóname, perdóname, perdóname!» grité brincando, y sólo entonces me di cuenta que tenía el tobillo dolorido.

Él me cogió la cara entre las manos. Sus guantes estaban llenos de nieve.

« ¿Te has roto algo?» preguntó examinándome las pupilas y la cabeza.

«No, a parte de mi ego. He sido una estúpida por haber querido descender de esa manera después de muchos años de inactividad» afirmé, cogiéndole el rostro de la misma manera en que él había cogido el mío. «Habría podido hacerte daño» admití, devastada.

«Habrías podido hacerte daño» precisó él, preocupado.

Y sus labios recayeron sobre los míos, mientras mi boca se arrojaba contra la suya.

Nos besamos apasionadamente. Nuestros labios helados se calentaron mutuamente. Lenguas de fuego se deslizaron dentro de nuestras bocas expectantes.

«Eso es amor, pero os recuerdo que estamos en público» comentó Santopadre, rompiendo nuestro maravilloso idilio.

Nos separamos lentamente, mientras nuestros ojos se buscaban una vez más y se perdían los unos con los otros.

Me mordí los labios y sonreí, me miró con ardor y deseo.

«Por hoy se acabaron las excursiones en la nieve» propuso.

«Reunámonos con Anna y los chicos en la puerta principal. Un poco de sol nos reconfortará de esta mala experiencia» exhortó Santopadre.

Después de algunos momentos de vacilación, aceptamos la oferta, aunque tenía muchas más ideas de cómo cubrir el resto de la mañana, y estoy segura de que Nathan pensaba lo mismo.

Aunque ya tenía un hermoso vestuario nuevo de alta montaña, ir de compras después de un opulento almuerzo no me disgustó en absoluto.

El tobillo me molestaba todavía un poco, pero no me dije nada y no me lamenté para no correr el riesgo de arruinar a todos el día, incluida yo.

La elegancia de Fabio destacaba entre todos. Ya me había dado cuenta la noche anterior, en la cena, pero el abrigo con corte transversal que llevaba aquel día era realmente original.

«Es precioso tu gabán. Claro, la moda italiana está siempre un paso por delante, ¿eh?»

Se quedó pasmado y agarró el cuello de su vestimenta. « ¿Éste?, ¿Realmente te

gusta?» preguntó, sorprendiéndome por su perfecto dominio del inglés, a la par que el resto de la familia.

Yo asentí y sonreí.

Miró a su alrededor y, cerciorándose de que su padre estaba lo bastante lejos, reveló: «Lo he hecho yo mismo. Lo he diseñado y confeccionado en la boutique de una amiga, en Milán.»

« ¡Caray! Si te sobra tiempo, ¿podrías hacerme también uno a mí?» pregunté sin recato.

«Me gustaría mucho trabajar contigo. Tienes unas medidas perfectas, sería un verdadero placer vestirme» dijo, un instante antes de ruborizarse. «Quería decir...»

«Lo he entendido, no te preocupes» lo tranquilicé, acariciándole la espalda.

«De todos modos, creo que no podré hacerlo» suspiró. «Este año tengo los exámenes de Selectividad, y después tendré que comenzar la Universidad, por supuesto Economía, como quiere mi padre.»

« ¿Tú qué querrías realmente hacer?»

«Querría estudiar moda, trabajar en ello y convertirme en un estilista» anunció fervientemente, pero con tono sobrio.

«Bueno, entonces sigue tu instinto y tu corazón. Se ve que eres bueno y estás motivado.»

« ¿Lo sabías? Mi madre de joven fue estilista durante algunos años, antes de conocer a mi padre.»

«Entonces no veo el motivo para no seguir la tradición familiar, y no me refiero a los negocios de tu padre, sino a la vocación de tu madre.»

Esbozó una sonrisa radiosa y echó una mirada a Anna que, no muy lejos de nosotros, estaba concentrada examinando los vestidos.

« ¡Lo haré!» declaró seguro.

«Excelente decisión» lo apoyé.

Continuamos comprando.

No sé por qué pero quise comprar unos fantásticos bóxers azul eléctrico para Nathan y seguí éste instinto improvisado, esperando íntimamente ver cómo le quedarían.

Aquella noche durante la cena la atmosfera estaba cargada de buenos pronósticos y de cara sonrientes. Parecía de verdad una cena de familia, y durante un instante olvidé que Santopadre, Anna, Laura y Fabio sólo dos días antes eran unos completos desconocidos, y que Nathan fuera mi marido sólo en la fantasía.

«Me asombra, Nathan, que no hayas presionado con la propuesta de tu padre, y eso que hemos pasado mucho tiempo juntos» empezó Giorgio.

«Es mi padre quien piensa sólo en los negocios, no yo. Estos dos días con tu compañía y con la de tu familia han sido placenteros, ¿para qué arruinarlos con cuestiones estériles? .Ya sé que no puedo convencerte a firmar si no estás profundamente convencido de quererlo hacer, así que no presionaré en modo alguno.»

«Pensaba que eras más combativo; las cosas no se obtienen sin luchar, ya sabes...»

«Mi Nathan sabe lo que hace» intervine. «Sabe obtener lo que quiere sin presionar, porque sabe respetar el ritmo de cada persona.»

Él sonrió y me cogió la mano.

«Tiene mucha suerte de tener una mujer así» defendió Anna.

Nos miramos mutuamente, él asintió y yo sonreí, mientras una voz con acento gutural nos llegó por detrás.

«¡Nathan!, ¡Kate!, Qué placer veros aquí» pronunció Gunter.

Me entumecí pensando en lo que podría decir de nosotros. Nos observó y vio enseguida la mano de Nathan apoyada en la mía, y nuestras alianzas brillar en los dedos.

« ¡Felicidades! Veo que no has perdido el tiempo y has seguido al pie de la letra mi consejo de no dejar escapar a tu colaboradora. ¿Estás de luna de miel?»

« ¿Qué está pasando?» replicó Santopadre.

Antes de que Nathan o yo pudimos justificarnos, Gunter aumentó la dosis: «Hace tan sólo unos días Kate era su secretaria y traductora, y ahora es su mujer. Eh, ya lo había dicho yo que era una mujer especial. No quiero robaros más tiempo. Voy a deshacer las maletas, ¡divertíos!» se despidió.

« ¿Así que no os habéis conocido en el centro de rehabilitación de animales heridos, como nos habéis contado la otra noche?» objetó Santopadre con expresión confundida. «Te has casado con tu secretaria, y sólo hace unos días. Quién sabe si en Las Vegas, como está de moda en la tierra de los pecadores» atacó.

«Señor Giorgio...» intenté intervenir.

Hizo un gesto en el aire con la mano y sacudió la cabeza, inspiró para hablar pero esta vez fue interrumpido bruscamente: «Giorgio, ¡Basta ya!» ordenó Anna, asombrando a todos. «Esta mujer en dos días ha comprendido más a tus hijos de lo que tú presumes haber hecho en mucho tiempo. Les ha escuchado expresar sus deseos y miedos, y les ha aconsejado bien.»

« ¿Pero de qué estás hablando?» preguntó él, sorprendido.

«Estoy diciendo que este hombre, con una mujer así a su lado, no podrá fallar nunca, ni en la vida ni en los negocios. ¿O tal vez niegas la importancia de una mujer fuerte al lado de su hombre?»

«Nunca cometería ese error» dijo él, de nuevo sonriente.

«Bien, entonces déjate de historias sobre cómo y cuándo estas dos maravillosas personas se han casado y firma ese contrato. Así después tendremos otras cosas en que pensar, dado que tus hijos tienen cosas muy importantes de las que pretenden hablar contigo» concluyó Anna, perentoria.

« ¿Qué puedo decir? Además de ser mi media naranja, es también accionista paritario de mi sociedad, así que tengo que escucharla. Firmaré ese contrato, pero con una condición que trataré con su padre a su debido tiempo.»

Nathan sonrió y asintió, y yo con él.

También esta vez lo habíamos conseguido.

Disfrutamos de la cena y del resto de la velada, que culminó con fuegos artificiales y una vigilia con velas sobre la nieve, hasta que, cansados pero felices, nos despedimos de la familia Santopadre y nos retiramos a nuestra habitación.

« ¡Uff! Lo hemos tenido crudo con la llegada de Gunter. Por suerte soy una entrometida y Anna tiene buen oído» afirmé, tirándome de un salto a la cama.

«Supongo que algún día me dirás a qué te refieres exactamente.»

Me enderecé. «En realidad he dado sólo un par de consejos imparciales a la prole de Santopadre.»

Giré el pie dolorido, y el tobillo me dio una punzada de dolor. « ¡Ay!» protesté, haciendo una mueca.

Nathan se sentó en la cama. « ¿Te sucede algo?»

«Para tu información, me he hecho la estoica durante todo el día a pesar del dolor en el tobillo causado por la violenta caída en la pista» solté, orgullosa.

« ¿Y yo qué debería decir? te me has echado encima cuesta abajo» replicó, provocante pero enseguida renunció amablemente: « ¿Puedo hacer algo para hacerte sentir mejor?»

Sonreí casi pérfidamente.

«Masajéame el tobillo y los pies» ordené. «Me lo he merecido.»

Asintió con la cabeza. Se colocó en la cama y me quitó los zapatos.

No llevaba puestas medias sexys, sino pantis más bien espesos para impedir a mis pies de congelarse. Él los quitó como si fueran los más elegantes y sensuales del mercado, y envolvió mis dedos doloridos con sus manos calientes y comenzó a masajear la base del pie con el dedo pulgar.

«Uhm, lo admito, es placentero...»

Nathan continuó masajeándome el tobillo y subiendo hasta debajo de la rodilla.

No fui yo quien lo paró.

«Has sido realmente buena, te manejas bien con las personas» dijo, orgulloso de mí.

«He sido simplemente yo misma» aclaré, mientras me deleitaba con el masaje.

«Esto es lo mejor de ti: eres especial sin tener que esforzarte para ser diferente o mejor de lo que eres en el día a día.»

«Tú tampoco eres mal tipo. No hay muchos jefes por ahí dispuestos a masajear los pies a los dependientes. A parte de los fetichistas de pies, supongo.»

Reímos a carcajadas.

«Ha sido un placer ser tu marido durante este fin de semana, qué pena que acabe pronto» dijo mirándome con una especie de melancolía y un mal disimulado deseo de añadir algo más.

«Ha sido un placer ser la señora Drake, qué pena que desde mañana vuelva a ser tu secretaria multitarea» afirmé, y esa era la única cosa que me apartaba de saltarle

encima.

«No tiene por qué ser así necesariamente.»

Retiré la pierna, repentina.

« ¿No?, ¿Y qué querrías que fuera?, ¿Tu amante?, ¿Tu pasatiempos?, ¿Tu bonus?» enumeré, resentida.

Apoyó las manos en la cama, me miró y las subió lentamente rozando mis caderas: «Podrías ser mi mujer, mi compañera; podríamos ser una verdadera pareja» concluyó, encima de mí.

Lo miré con los labios temblorosos y él parecía lleno de esperanzas y ardor.

Le agarré la cabeza con ambas manos. «Ya me convenciste cuando me dijiste que sería tu mujer.»

Lo besé como lo hice en la pista, como en mis sueños, como en las películas de amor que veía con mis amigas. Fue un beso arrollador, cálido, húmedo y sensual. Nathan me mordió los labios y el mentón, arqueé la espalda a causa de los escalofríos de placer que me procuró.

Descendió sobre mí, pasando la mano por los senos y el abdomen, y deslizó los cálidos dedos en el interior de los muslos presionando, y así hizo con la otra, abriéndome las piernas.

Me miró directamente a los ojos, malicioso, mientras sus dedos, acariciándome delicadamente, me quitaban la ropa interior con una lentitud extenuante. Su mirada cambió y pareció desatarse y acalorarse al mismo tiempo que se percató de mi excitación. Su cabeza desapareció entre mis muslos un instante antes de que empezara a gozar.

Sus besos íntimos hacían temblar mi cuerpo consumado por la pasión del deseo. Nathan introdujo una mano debajo de mi jersey, alcanzando los senos; apartó el sujetador y los acarició, abarcándolos con extrema suavidad. Los pezones estaban duros como la noche anterior, y se entretuvo con ellos mucho tiempo, pellizcándolos y acariciándolos.

Superando el miedo del frío y un cierto temor con el cuerpo de Nathan que se cernía sobre mí, me quité el jersey con un único y rápido movimiento, y me liberé del sujetador, dejando ver a sus ojos cada secreto escondido de mi cuerpo, ahora desnudo.

El perfume de Nathan, de su piel, de su cabello y de su boca era embriagador; le agarré los brazos, sus músculos estaban duros y tiesos; y no eran los únicos que lo estaban.

Una parte de mi deseaba que él no despegara sus labios de mis partes íntimas; la otra, sin embargo, exhalaba por tenerlo dentro.

Él pareció haber percibido éste último deseo y se alejó de la boca.

En éxtasis, lo vi quitarse el bóxer y liberar su miembro enardecido por el deseo.

Con destreza, lo encaminó entre los labios mayores, se anunció dulcemente y entró decididamente hasta el fondo. Sentí como reclamaba mi cuerpo, para hacerlo suyo.

Comenzó a moverse lentamente, haciéndome estremecer del placer. Fue el inicio de una larga noche de amor.

- **Capítulo 9 – ¡No puedes hacerme esto!**

Regresamos el lunes al final de la mañana, pero no antes de haber dado una última y calurosa despedida a la familia Santopadre. Giorgio tenía la cara de uno al que le habían cantado las cuarenta durante toda la noche. Anna, por el contrario, estaba satisfecha, Laura y Fabio sonreían felices. No dijeron nada, pero por su expresión, supuse todo.

Nos propusimos volver a vernos en Aspen en otra ocasión, tal vez para unas vacaciones más largas y sin la premura del trabajo que, por otra parte, no habían pesado tanto.

Cuando volvimos a la ciudad, acudimos inmediatamente a la oficina. Tuve la ocasión de comprobar el estado de las obras en el hall, del árbol y de los adornos, mientras que Nathan informaba a White acerca del éxito de la misión, omitiendo algunos detalles sobre cómo lo habíamos conseguido.

A última hora de la tarde nos encontramos en nuestro despacho común, Nathan estaba tranquilo y satisfecho, y yo también.

«Bueno, ¿Cómo ha ido con el contrato?» pregunté, curiosa e impaciente.

Él negó con la cabeza, después lució una radiosa sonrisa. « ¡Ha ido de maravilla! Mi padre está enviando ahora el contrato base, al que Santopadre quiere hacer solamente un par de modificaciones, pero en general se han puesto de acuerdo en todos los puntos, incluido el más importante: la oferta económica.»

« ¡Estupendo!» exulté, cogiendo carrerilla para saltarle literalmente encima.

Él me cogió al vuelo y me sostuvo con sus grandes manos calientes debajo de mis nalgas.

Nos basamos, sin pudor, sin recato.

Él retrocedió lentamente, hasta que no llegó al cómodo sillón. Excitada, comencé a desabrocharle la camisa.

«No querrás hacerlo aquí, ¿no?, es un terrible cliché mantener relaciones sexuales con la secretaria» dijo él, intentando disuadirme en un modo muy poco creíble.

«No sólo soy tu secretaria, soy tu mujer. Y te quiero ahora.»

Le puse una mano en el pecho, como si quisiera agarrarle la camisa, le cogí la mano y lo hice levantarse. Me bajé la falda y me acuclillé delante de su sillón.

Exploré la zona inguinal, masajeando, palpando y estrujando. Desabroché el cinturón y abrí el botón y la cremallera; después bajé lentamente el bóxer, ese azul eléctrico que le había comprado en Aspen.

Nunca me había gustado especialmente el sexo oral, pero ese pene, tan bonito y duro, emanaba un olor tan atrayente que hizo que me lo introdujera en la boca. Estaba a punto de hacerlo, cuando la puerta de la oficina se abrió repentinamente.

Nathan se echó hacia adelante con el tronco y se inclinó hacia el escritorio, con la mano en el mentón y con los codos apoyados sobre la mesa, mientras yo acabé debajo de ésta, en una posición bastante embarazosa, pero por fortuna completamente escondida a la vista. «Nathan, me acabo de enterar de los brillantes resultados que has

tenido con el contrato Santopadre» afirmó Joseph.

Nathan se echó sobre la mesa; intuí que lo hizo para extender la mano al padre y evitar que se acercara demasiado.

« ¿Todo bien, hijo? Pareces extraño. De todas formas, a decir verdad, no pensaba que conseguirías convencer a ese mojigato italiano» manifestó el viejo, demostrando la escasa confianza depositada en su propio hijo.

«Para ser exactos, tengo que admitir que gran parte del mérito ha sido de mi nueva asistente, Kate» admitió mi hombre, adulándome, lo que no me hizo estar quieta debajo de la mesa.

El se sobresaltó y tragó saliva; comprendí que no era el caso de agravar más esa delicada situación y no me moví ni un milímetro.

«Por supuesto, tu nueva secretaria y traductora. Será recompensada por sus servicios con la cifra que habíais pactado.»

«Se lo ha merecido, es realmente un valioso elemento. Me gustaría presentártela un día.»

« ¿Por qué no ahora?, ¿No debería de estar trabajando?»

«En este momento creo que está en el hall. Debido a su notable buen gusto le he pedido que se encargara de los adornos del edificio y de llevar las preparaciones del árbol; debe estar muy ocupada ahora mismo» mintió con gran estilo.

Pensé en un comentario obsceno que con suerte nadie escuchó, sólo digo que tenía que ver con el tronco del árbol y con un adorno típico navideño.

«Está bien, lo dejaremos para otra vez entonces. Ahora hablemos de cosas serias» cambió de conversación repentinamente como si mi aportación y el contrato con Santopadre se hubieran convertido en pequeñeces. «He hablado con el padre de Victoria» introdujo de esta forma el nuevo asunto, que no me gustó en absoluto.

«Es parte del pasado» precisó inmediatamente Nathan.

«Decido yo cuando un asunto forma parte del pasado o no, ¡y éste es bastante actual!» decretó el padre, golpeando con las manos encima de la mesa, lo que me hizo asustar.

Por fortuna no me escuchó.

Nathan tomo aire para hablar, pero el viejo se lo impidió, volviendo a hablar: «Ahora que tenemos a Santopadre de nuestra parte, llegar a un acuerdo con los Winters nos permitiría meter no uno, sino los dos pies en Europa. Hablamos de todo un nuevo continente que nos espera: ¡La Unión Europea y Reino Unido!» exclamó hablando cada vez más alto, con voz de poseído.

«No tengo ningún interés en Victoria o en tus negocios en Europa. Me encuentro bien en este sitio, me acabo de adaptar y da la casualidad de que ya tengo una pareja» contradujo Nathan.

El asunto no consiguió tranquilizarme como esperaba. El tono perentorio de aquel padre-jefe, de ese ricachón acostumbrado a obtener todo de todos, era inquietante.

Rara vez me dejaba asustar por alguien, pero ese hombre, que ni siquiera conseguía ver, me intimidaba.

« ¡No me interesa nada tu vida amorosa! Vamos, Nathan, sabemos ambos que no has conseguido nada en el amor. ¿Qué has conseguido hasta ahora? Solamente chicas que apuntaban a tu cartera, a tu posición o a tu presencia física. Nunca has tenido una historia notable o de verdad» afirmó como si fuera una verdad absoluta o irrefutable.

«Tú no me conoces en absoluto Papá, ¿cómo puedes decir eso?»

Noté cómo la ansiedad aumentaba hasta apoderarse de mí. Estaba paralizada, asustada y a punto de explotar.

«Mira, hijo, somos hombres de mundo. Desde siempre en los matrimonios de conveniencia se ha estado en dos en público y en cuatro en privado.»

«Podrás tener a tu mujer como amante, entre otras cosas porque tengo el presentimiento de que Victoria no renunciará a su atracción hacia las chicas, por lo que tendrá sus aventuras» aclaró Joseph con tono desagradable.

«No tendré un matrimonio de conveniencia o de tapadera. Os concedí una oportunidad a ti y a ella, que es más de lo que os merecíais, y no os daré una segunda.»

«Bueno, hijo mío, creo que a estas alturas ya es demasiado tarde, dado que ya se ha anunciado vuestra reconciliación.»

« ¿Qué?» reaccionó sorprendido e irritado.

«Ella ha perdonado tu aventura, y pronto fijaréis la fecha de vuestro inminente matrimonio. La noticia saldrá en todas las portadas del corazón en los próximos días. Mi equipo se ha molestado en maquetar una declaración deliberadamente y fotos sutilmente retocadas, todo en tiempo récord tengo que reconocer. Saldrán algunos artículos estupendos sobre cómo tú y Victoria os habéis reencontrado y perdonado.»

«Te aconsejo firmemente que no lo hagas; este asunto podría volverse contra ti de una forma que no te puedes imaginar. »

«Y yo te desaconsejo amenazarme, y aún más decepcionarme, o acabarás despedido y desheredado. ¡Ya sabes que no bromeo!» declaró, dejando la oficina con paso firme, sin dejar lugar a replicas.

Cerré con fuerza la cremallera de los pantalones de Nathan por la mitad. Se llevó una mano a los genitales, esforzándose para no gritar a causa del dolor.

«No veo que hayas aclarado las cosas» protesté inmediatamente, saliendo de esa infausta situación.

« ¿Qué tenía que haber hecho?, ¿Decirle que mi nueva secretaria se ha convertido en mi pareja mientras fingíamos ser marido y mujer en Aspen, con el objetivo de obtener el consentimiento de Santopadre?, ¿O igual tendría que haberte sacado de debajo de la mesa y presentarte a mi padre?» rebatió, consolándose la zona dolorida.

« ¡Tendrás que haberte impuesto!, ¡Tendrás que haber defendido nuestro amor y disuadir a tu padre de conceder esas falsas declaraciones antes de que se publiquen!»

«Escúchame, yo no tengo ninguna duda...»

Lo mandé callar con ímpetu. «Soy yo quien no tiene dudas de que prefieres mantener tu cómodo puesto de dirigente y tu papel de heredero a estar con una chica como yo» declaré, intentando retener las lágrimas.

«Y no vengas a venderme la historia de ser felices en cuatro o de ser tu amante, ¡porque no estoy de acuerdo! Y, por cierto: ¡Dimito!, Adiós, Nathan.»

« ¡Kate!, ¡Espera!»

Escapé, mientras que él, en el esfuerzo de venir detrás, tropezó malamente con sus pantalones bajados y acabó desastrosamente por el suelo. En ese momento pensé que era el lugar que un gusano como él merecía.

•

Capítulo 10 – ¡Consoladme y aconsejadme!

« ¿Así que ese cabrón renunciará a este buen cuerpo de...» La mirada bienhechora de Ángela congeló Jules «de chica, por un puesto de dirigente, probablemente con un sueldo de 5 cifras, y por no ser desheredado? Bueno, tesoro, te lo he dicho siempre que tienes un buen culo, muslos envidiables y tetas de impresión, pero estamos hablando de mucho dinero.»

« ¡Gracias, eres de gran ayuda!» repliqué rencorosa.

«No todos basan las propias decisiones en el interés económico. Desde el punto de vista humano, Nathan ha perdido un ejemplar más raro que único, difícilmente podrá encontrar a una chica inteligente, versátil y dulce como lo es nuestra Kate» afirmó Ángela, alentándome sólo en parte.

«Si te gusta tanto, a por ello, yo disfruto del espectáculo en directo» propuso Jules, agarrando una bolsa de patatas con pimentón.

«La culpa al final es sólo mía» me entrometí en la conversación.

«Debería haber intuido que un ricachón como él piensa antes en el dinero, y después en lo demás. Debería haber sabido que no habría podido ir más allá del papel de secretaria sexy de una sola noche. Y quién sabe si las charlas sobre su relación con Victoria son también falsas.»

«No lo creo» replicó Ángela. «Basándonos en las palabras del padre, creo que realmente ella tenía una relación con otra mujer.»

El hecho de que mi amiga tuviera a menudo razón me sacaba de los nervios, y esta vez fue una de esas.

« ¡Jódelo!, o más bien, ¡Jódela!» incitó Jules, guerrera. «Concede una entrevista a uno de esos perioduchos que usamos para revestir la cama de Mister Muffin»

Sintiéndose aludido, mi regordete gato levantó la cabeza, nos observó aguzando la vista, y la zambulló entre las patas.

« ¡Ánimo, grita a medio mundo que Nathan estaba con una peina-vaginas!» insistió una vez más Jules.

«No, no podría hacerlo. Además de incumplir el acuerdo que he firmado, arruinaría la vida de esa estúpida de Victoria. No es culpa suya si ha nacido snob, con una escoba en el culo y con la pasión por las mujeres, que en sí mismo no es un defecto: para gustos, los colores» protesté.

«Igual digo una barbaridad pero, ¿has pensado que igual deberías de haber dado tiempo a Nathan para que se explicara?» preguntó Ángela. Jules y yo la miramos muy mal.

« ¿Había algo que explicar?, ¡No se ha enfrentado al padre, no ha negado las acusaciones de Kate y ni siquiera ha intentado pararla!, ¿Qué querías?, ¿Un informe escrito por triplicado con la lista de pros y contras que lo habían llevado a madurar tal decisión?»

«En realidad no le he dado tiempo a negar mis acusaciones» reflexioné en voz alta. «Y él ha intentado seguirme, pero ha acabado por el suelo tropezándose con sus

propios pantalones.»

« ¡Así aprende el maniaco de la fellatio!» atacó mi valiente aliada.

¡Ring, Rong!

El timbre sonó dos veces.

«Estoy medio desnuda, abre tú o el cartero se excitará» dijo Jules.

« ¿Crees que el verde es mi color natural?, ¿No ves que tengo encima una máscara de algas?» contradijo Ángela.

«De acuerdo, voy yo» concluí, moviéndome lentamente y a cámara lenta como un perezoso cansado.

Cuando abrí la puerta, apareció la cara sonriente de Tony, medio tapada por un ramillete de flores rojas.

«Hola Kate, pastelito mío. Te he echado mucho de...»

Lo golpeé sin piedad con un puñetazo en la cara, y lo aturdí.

Se enderezó y se esforzó para no mostrar dolor «Tal vez me lo merezca, ahora podemos decir que estamos iguales. Bueno, podríamos comenzar de cero, ¿qué piensas, cariño?» propuso, ofreciéndome las flores.

«Las tailandesas eran dos, al menos un golpe por una te lo he dado, para estar a la par falta este» articulé bien, antes de asestarle una patada en las joyas de la corona.

Las flores se le cayeron de la mano, se llevó las manos a la ingle y apretó las piernas, doblándose del dolor.

Le cerré la puerta en las narices, escuchando un sonido que anunciaba el tres a dos para mí: un buen portazo en la cabeza.

« ¿Quién era? Me ha parecido escuchar la voz de Tony» preguntó Ángela desde la otra habitación.

«Testigos de Jehová. Les he dado su merecido» desvié el tema.

En ese preciso momento sonó el teléfono. Cogí la llamada, ya que esas dos vagas no habrían movido un dedo.

«Mamá, no es el momento adecuado para...» intenté reprimir el sermón materno que me había arrollado en cuanto levanté el auricular del teléfono.

«He leído tu mensaje, cariño mío. ¡Demanda a ese capullo!, ¡Quítale hasta los calzoncillos de marca!» prorrumpió una vez más, insaciable.

« ¡Dame la dirección, Cielo!» Berreó mi padre, al lado de ella, en pie de guerra. « ¡Voy para allá con mi fiel palo de hockey y le dejo hecho una nazareno!, ¡Ya verás como luego sólo podrá traicionarte con un bagayo!»

« ¡Emascúlalo con una cuchara!, ¡Emascúlalo!» sentenció mi abuela, con la voz propia de un barítono.

« ¡Miauu!» protestó sonoramente Mister Muffin, como si quisiera expresar su opinión.

«Gracias a todos por el interés, pero estoy bien y sé cómo comportarme, ¡Adiós!» corté de raíz y colgué.

« ¿Qué propone la familia?» preguntó Ángela.

«Las opciones planteadas son: denuncia, paliza y emasculación con una cuchara.»

« ¿Las tres a la vez no se puede?» especuló Jules, animada.

« ¡Me alegra ver que mi vida privada os divierte!» estallé dirigiéndome hacia el frigorífico, de donde saqué una tarrina de helado de chocolate y brownies.

«Las buenas amigas comparten, ¿no?» preguntaron ambas.

«No cuando a una le han dejado y las otras la ridiculizan» puntualicé, apretando contra el pecho la helada y valiosa tarrina.

¡Ring, Rong!

El timbre sonó de nuevo.

Prediciendo el retorno del dolorido infiel y no habiéndome quitado las ganas de impartir ruidosas clases, cogí el bate de beisbol anti-intrusos que teníamos en el salón, siempre a mano, lo golpeé dos veces contra la palma de la mano con expresión cada vez más dura y guerrera, y me dirigí hacia la puerta, gruñendo « ¡Ahora le muelo a palos!»

« ¿A quién muelas a palos?» irrumpieron las amigas en coro.

Abrí la puerta de sopetón, la aguanté con el pie y con ambas manos aferradas a la empuñadura levanté el bate por detrás de la cabeza, preparada para hacer un *home run* con los huevos de Tony.

« ¡Detente, por favor!, ¡No me mates!» precisó Yang, cucando los ojos y poniéndose las manos delante para defenderse.

«Señor Mae-Tze, ¿Qué hace en mi casa?, ¿El jefe era demasiado cobarde para pedirme disculpas en persona?» pregunté, sin alterar mi postura intimidatoria y girando varias veces el bate.

«Estoy aquí para informarle que nuestro equipo de recursos humanos necesita que venga a la oficina central, mañana, para retirar el cheque de la comisión de la misión Santopadre y sus otros honorarios. Le ruego, no me machaque.»

Bajé el arma.

« ¿Tengo que ir necesariamente?, ¿No podríais enviármelo, traérmelo a casa o algo así?» pregunté, recelosa.

« Lo siento, pero no es posible. Tendrá que venir en persona, mañana por la mañana. Le ruego, es el único modo» insistió, decidido.

Apoyé el bate en el suelo y lo miré curiosa, asintiendo lentamente.

«De acuerdo, allí estaré. Preparad lo que me correspondiente e intentad no equivocaros.»

«Seremos precisos hasta el último céntimo, no se preocupe, señorita Quentin.»

Hizo una media reverencia y se alejó, sin perdernos de vista al bate y a mí.

Cerré la puerta, con mis amigas a las espaldas.

«El doble de Jackie Chan no me parece tan combativo como el actor» empezó Jules.

« ¿Qué quería? Sólo por saber si había espiado bien» dijo Ángela.

«Para que lo sepáis, era uno de los asistentes de Nathan. Me ha dicho que tengo que ir al edificio del capullín a retirar mi cheque. Estoy por darme aires de señora rica y dejárselo» consideré con expresión de superioridad, pareciéndome hasta mi misma realmente poco creíble.

Mis amigas me miraron mal.

«Vamos, sabemos que estás de mierda hasta el cuello con el dinero. No te puedes permitir renunciar a lo que te corresponde por hacer un gesto clamoroso que además no interesa a nadie» pontificó Ángela.

« ¿Tengo que recordarte que estabas a un paso de la prostitución antes de conseguir ese trabajo?, piensa si puedes despreciar más de veinte mil dólares. Además, habiendo dado su merecido a los Drake, es probable que sea muy duro para ti encontrar un trabajo que no sea de dependienta de fast-food, a menos que no comiences a cambiar tu política sobre el acoso sexual» argumentó Jules, desgraciadamente con conocimiento de causa.

« ¿Entonces pensáis que debería ir?»

Asintieron al unísono.

« ¿Y vosotras, vendrías conmigo?» pregunté, esbozando una sonrisa de oreja a oreja y con los ojos grandes y suplicantes propios del mejor Gato con botas.

«Debería darte vergüenza, ya eres adulta» contradijo Ángela.

«Yo vendría, pero mañana por la mañana tengo una cita por cam. No obstante, siempre puedes pedir a mamina o a la abuela que te acompañen; tal vez Agnes se lleva encima una cuchara; me muero de ganas de ver como acabaría...» comentó Jules.

«Entendido, iré sola» decreté, cerrando el puño, decidida.

•

Capítulo 11 – La complicidad del muérdago.

Cuando puse un pie en el hall, vi inmediatamente que el imponente árbol había sido completamente adornado. Rojo, azul y violeta, que nace de su unión, fueron los tres colores que elegí. La plata ya me cansaba, estaba sobrevalorada aunque siempre queda bien, pero quería dar un toque innovador, de magia, ¿Y qué color podía cumplir mejor su función que el violeta?

La magia efectivamente reinaba en el aire, pero con ésta un gran, grandísimo sentimiento de nostalgia por haber perdido una persona tan importante, que en muy poco tiempo había reclamado un gran trozo de mi corazón. Un flechazo de esos en toda regla.

La chica de la recepción me dijo que esperara en el salón central, asegurándome que Yang e White vendrían en breve para poder firmar los documentos y poderme llevar el cheque de allí.

Me pareció extraño, informal, pero no protesté. Quería sólo llevarme lo que me correspondía lo antes posible y huir de allí, antes de encontrarme en situaciones no deseadas.

Me había quedando observando la cumbre del árbol, en la cual faltaba todavía la estrella que había elegido, cuando vi aparecer por detrás de las densas ramas la figura de Nathan.

Me giré de espaldas, fingiendo no haberlo visto.

«Hola» inició.

No mostré ninguna reacción.

«Sabía que te encontraría aquí y...»

«Bueno, yo no soy tan interesada como tú» atacó. «Te habría dejado con mucho gusto el dinero que me he ganado yo misma, pero desgraciadamente tengo facturas que pagar, y no se saldan con buenas intenciones» grité como una loca.

«Creo que tienes serios problemas de...»

« ¡Yo no tengo problemas de ningún tipo!»

« ¡Comunicación!» articuló bien él, casi gritando.

«Está bien, di lo que quieras...» dije en voz baja, invitándolo con gestos.

«El otro día, en la oficina, te marchaste sin darme el tiempo de explicarme.»

Inspiré para hablar, pero él me calló poniéndome un dedo en los labios. Un dedo estimulante, caliente, cuyos posibles usos imaginé durante un instante o dos.

«Mi padre no me ha dejado replicar, pero tú tampoco lo has hecho, porque sois, cada uno a su modo, unos cabezotas.»

«Eso es todo lo que...»

Esta vez la boca me la tapó con un beso.

Al inicio intenté separarme de él, pero Nathan me apretó decididamente. Me relajé lentamente entre sus brazos, hasta que un arrebató inesperado no consiguió separarme de su cuerpo.

«Tú no puedes...»

« ¡Tú no puedes no escucharme!» estalló.

Sus ojos penetraron los míos, y mi corazón me ordenó callarme y abrir bien los oídos y la mente.

«He presentado mi dimisión. Se la he entregado a mi padre ayer por la tarde. Sé que todavía no la ha aceptado, pero será cuestión de horas, ya que junto a ésta, he escrito una carta en la que afirmaba claramente que no quería formar parte de su juego, de su matrimonio de conveniencia y de sus maquinaciones. Le he dicho de paso que mi secretaria no es solamente una intérprete excepcional, sino que es seguramente la mujer de mi vida.»

Me quedé con la boca abierta, sin palabras, a excepción de las dictadas por mi conciencia: «Si haces eso, perderás todo: tu posición, tus comodidades, tu familia. No es justo que renuncies a todo ello por mí.»

Sonrió nerviosamente.

«Si no renunciara sería un completo idiota, ¿no es eso lo que pensabas hasta hace un momento?»

«Sí, es verdad, pero no pensaba que para tenerme tendrías que enfrentarte a tu familia, perder tu cargo de prestigio y... todo lo que de ello implica.»

Me abrazó.

«Pero te tendré a ti. Además, tú tienes el cheque de veinte mil dólares, y yo una buena liquidación con un cero más, así que exactamente sin blanca no estaremos. Puedo vender el Jaguar y comprar otro coche menos ostentoso, y también buscaré otro trabajo. Puedo perder un cargo, pero no quiero perderte a ti.»

Sonreí, feliz y enamorada como nunca hasta ahora. De su dinero nunca me había importado nada, era él a quien quería, y él me había elegido por encima de todo.

« ¿Estás seguro de quererlo hacer?» pregunté con una sonrisa de satisfacción, en busca de otra confirmación definitiva.

«Claro que sí, y además tu árbol repleto de muérdago nos incita a sellar todo con un beso» Indicó señalando hacia arriba. Una ramita de muérdago con resplandecientes bayas blancas colgaba justo encima de nuestras cabezas.

No lo pensé ni un segundo más: me abracé a él como una enredadera, lo besé, lo estreché y lo exigí para mí. Era mío, y yo suya, todo el resto no importaba. Dinero, trabajo, posición; nada importaba, excepto nosotros dos.

«¡Ejem!»

La llegada de White y de Mae-Tze interrumpió nuestro idilio.

«Esto es para usted, señorita Quentin» dijo el chino.

«Y esto es suyo, señor Drake» continuó Sophia.

Extraje de mi sobre el cheque de veinte mil dólares y nada más. Me pareció extraño, ya que me esperaba algunos documentos y una compensación añadida.

Nathan extrajo del suyo su carta de dimisión hecha pedazos.

« ¿Qué significa?» preguntó a White.

«Su padre no acepta ni su dimisión ni la de la señorita por lo que parece» explicó.

«No puede negarse a...»

«Señor Drake, es igualito a su padre. ¿Quiere darme el tiempo de explicarle la situación o prefiere despotricar a la ligera?» replicó White.

Él hizo el gesto de hablar. Yo retuve las ganas de reír porque las partes se habían intercambiado y ahora era él el impaciente.

«Parece que Santopadre ha supeditado la firma del contrato a una cláusula que considera fundamental: tendrá que ser usted quien gestione el negocio común en Europa; es usted a quien quiere como representante de las industrias Drake »

Nathan esbozó una sonrisa radiosa. «Entonces papaíto no puede prescindir de mí si quiere desembarcar en Europa...» dedujo.

«Exactamente. Y dado que temía que no habría aceptado continuar trabajando sin su media naranja, ha rechazado también la dimisión de la señorita» añadió la secretaria.

« ¿Y de Victoria que dice *papaíto*?» pregunté, respaldada.

« ¡Naturalmente puede irse a freír espárragos junto a los rollitos primavera! El contrato con Santopadre es mucho más importante para el viejo» explicó Yang.

«Bueno, ¿Qué dices?, ¿Aceptamos?» presionó Nathan.

Rodeé su cuello con mis brazos.

«Uhm, no lo sé, tengo que pensarlo... Tal vez, si me das un aumento y pones a nuestra disposición tu jacuzzi, podría considerarlo seriamente.»

Nos besamos de nuevo, apasionadamente, bajo la mirada de todos.

No sé porqué, pero de alguna manera estaba segura de que los ojos de Drake padre nos observaban, menos maliciosos que de costumbre.

Mi idea de meter el muérdago en las ramas más bajas del árbol no fue inútil dado que, además de nosotros, con el rabillo del ojo vi también a Yang besar tímidamente a White, que le devolvió el beso de manera más apasionada y potente.

«Falta la estrella, la decoración más importante» dije, indicando la cima del árbol.

«Mi Navidad es perfecta como está, porque mi estrella eres tú. ¡Te amo!»

«Te amo, ich liebe dich, I love you» respondí, en mis tres idiomas preferidos.

•

Epílogo

En mi fiesta de cumpleaños, celebrada ya hace casi un mes, no habría pensado nunca que para la vigilia de Navidad reuniría a la familia en mi casi ex-casa, la que compartía provisionalmente con mis locas amigas. Para la ocasión, la casa estaba completamente ordenada y lavada a fondo por un equipo de profesionales pagados con mis sudados ingresos. La comida la había preparado junto a mi gran amor que, además de ser millonario, es un gran tipo con el cual, y perdonadme si me jacto, en la cama funcionamos perfectamente; ha resultado ser incluso un buen cocinero.

Mi madre, ahora que ha conocido a Nathan y ha visto lo bien que estamos juntos, ya no me sugiere que lo denuncie por acoso sexual, aunque ha vuelto de nuevo a la carga con la historia de los nietos.

Mi padre, por su parte, ya no quiere dejarle hecho un nazareno, pero, y no sé todavía porqué, se ha traído hoy consigo el bate de béisbol de cuando era jugador, y se lo ha enseñado a Nathan mientras charlaban en el salón. Más tarde preguntaré a Nathan de qué han hablado.

Mi abuela está indecisa sobre si ver en televisión el bonito culazo de Don Diego u observar en vivo el de mi chico, que parece ser de su aprobación. Por seguridad, no he añadido ninguna cuchara en sus cubiertos.

Míster Muffin se ha inmediatamente adaptado al allegado, ha apreciado la comodidad de sus piernas y el tacto delicado de sus manos cuando lo acaricia, ¿y cómo no va a tener razón?

Jules no hace otra cosa que preguntar a Nathan si tiene un hermano, un primo o un amigo para presentárselo; vale con que sean igual de guapos y ricos, y no necesariamente en este orden.

Ángela, por el contrario, está contenta por mí, y también por ella misma y por nuestra amiga en común, ya que Nathan les ha conseguido un buen trabajo en la empresa.

Cuando el timbre ha sonado, a las ocho en punto, y fuera Nathan ha encontrado a su madre y a su padre, se ha sorprendido mucho. No pensaba que vendrían después de las recientes discrepancias, pero ha sobrevalorado mi capacidad de persuasión. Por otra parte, os había dicho que conseguiría endulzar también a Joseph; y además, tenía muchas ganas de conocer a Kara, la madre que ha traído al mundo al *capolavoro* de mi chico.

Habría invitado con mucho gusto también a Sophia y a Yang, pero parece que ambos están ilocalizables. Quién sabe qué pasiones ha desencadenado aquel beso debajo del árbol.

Será una Nochebuena perfecta, que pena que por lo que dicen los periódicos, no lo será para Tony y sus amigos. He leído efectivamente una noticia que los concernía. Al parecer han sido cazados en una redada de la policía y han sido arrestados por haber sido engañados por prostitutas asiáticas menores de edad. Supongo que al final de todo se lo merecían.

El artículo de al lado mostraba una foto de Victoria con su voluminoso sombrero. En una breve entrevista, decía que continuaría visitando los mejores hoteles de la ciudad también durante las fiestas. A juzgar por las miradas que se intercambiaba con la jefa de sala morenita que aparecía en la foto del periódico, creo que pasará unas Navidades bastante ardientes.

Ah, casi me olvidaba de contaros por qué he descrito ésta como mi ex-casa. Bueno, resulta que, después de las fiestas, Nathan y yo vamos a ir vivir juntos. Y después, quién sabe, veremos si al final es mi hombre ideal. ¿Qué os parece?, ¡Creo que esta vez no tengo dudas!

Y ahora, después de haberos felicitado a todos unas buenas Navidades y feliz año nuevo, voy a besar a mi chico bajo el árbol.

-

Agradecimientos

Hola a todos y, ¡gracias por haber leído mi novela! Estoy muy emocionada y apasionada con la idea de haber llegado al final de la escritura de mi primer libro. Espero que haya sido de vuestro agrado, y en tal caso, os ruego que me lo hagáis saber de algún modo, ya sea en Amazon, a través de reseñas, o en Facebook.

Acepto positivamente las críticas constructivas, porque ayudan mucho a mejorar (intentad, no obstante, no ser demasiado estrictos, soy muy sensible).

Querría brevemente darles las gracias a las personas que me han ayudado en este proyecto, partiendo de la ilustración, Lorena, que ha llevado a cabo realmente un buen trabajo con esta portada navideña. Y cómo no mencionar a mi amiga y beta-lectora, Blanca, cuya contribución ha sido muy útil, tanto como lectora como por la aportación dada a las traducciones.

Por la fantástica segunda edición que tenéis la oportunidad de leer no me cansaré nunca de elogiar lo suficiente a mi extraordinaria editora, Mara Fontana, por otra parte también una buena compañera escritora.

Por último, quiero dar las gracias a Simone, que me ha introducido en el fantástico mundo de la auto-publicación, dedicándome su tiempo, presentándose a su ilustradora y teniendo mucha paciencia conmigo (ha incluso leído la novela, que para un hombre, teniendo en cuenta el género, no es moco de pavo).

¡Gracias una vez más a todos vosotros! Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de Facebook o a mi dirección de email:

EllenSimonWriter@gmail.com

Un beso, ¡Hasta pronto!

Ellen

- ⁱ Traducción: «¡Qué estúpido! Trabajo para él desde hace meses, y todavía no sabe pronunciar correctamente mi nombre.»
- ⁱⁱ Traducción: «¡Debería darle vergüenza! Pida disculpas, o me veré obligada a desenmascarar tu engaño»
- ⁱⁱⁱ Traducción: «Dos minutos de retraso, ¡increíble!»
- ^{iv} Traducción: «Perdone. Ha sido culpa mía»
- ^v Traducción: «Mr. Drake querría saber de qué desea hablar esta noche»
- ^{vi} Traducción: «He recibido una oferta mejor. Antes de aceptar, quiero darle la posibilidad de hacer una contraoferta mejor»

Table of Contents

- [Capítulo 1 – Un incómodo 29º cumpleaños](#)
- [Capítulo 2 – La selección de las desesperadas](#)
- [Capítulo 3 – Demasiado guapo para no mirarlo](#)
- [Capítulo 4 – Revelaciones calientes](#)
- [Capítulo 5 – Sólo una cena de trabajo...](#)
- [Capítulo 6 – ¡Misión imposible!](#)
- [Capítulo 7 – Imprevistos bajo las sábanas](#)
- [Capítulo 8 – Reuniones y reuniones](#)
- [Capítulo 9 – ¡No puedes hacerme esto!](#)
- [Capítulo 10 – ¡Consoladme y aconsejadme!](#)
- [Capítulo 11 – La complicidad del muérdago.](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)